ALFREDO MORENO GIL

La portera de la fábrica

Melodrama en siete actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1914

La portera de la fábrica

La portera de la fábrica

Melodrama de espéctáculo, en siete actos inspirado en el pensamiento de una obra de M. de Montepin

por

ALFREDO MORENO GIL

decorado por

DON FRANCISCO SOLER Y ROVIROSA

y representado por primera vez, con extraordinrio éxito en el teatro de Novedades el día 7 de diciembre de 1885



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1914

Al señor

D. Mariano Montaner de la Poza

Doctor en Medicina

Esta página sólo a V. pertenece; estas lineas sólo V. debe leerlas.

Para demostrarle el valor que para mi encierran permitame una pequeña digresión.

Con cariñosa galanteria, y en vista del éxito que ha obtenido éste mi primer ensayo dramático, la empresa dedicó la décimaoctava representación en obsequio y beneficio mios.

Esto excedia, realmente, a mis modestas aspiraciones, que no otras deben ser las de un autor novel, pero como en este mundo no hay satisfacción cumplida, ni dicha que acabe como empieza, una grave y aguda enfermedad postróme en el lecho el mismo dia en que tanta aunque inmerecida dicha me esperaba.

En esos criticos momentos la ciencia acudió en mi auxilio y me salvó.

Nadie mejor que yo puede decir en esta ocasión que hermanas son las ciencias y las letras.

Y si tan buenas hermanas son, hermanos deben ser también los que a ellas culto rendimos, siquiera yo sea tal vez el más joven e indudablemente el último de ellos.

¿Quiere V. concederme este nombre?

Aunque a mucho aspire, no vacile en otorgarme este honroso titulo, que agradecido y muy agradecido con él ha de mostrarse siempre el que a sus profundos conocimientos cientificos y a sus cariñosos cuidados debe, quizás, el poder hoy escribir estas lineas.

Hijas son de mi corazón; acéptelas con el mismo cariño con que le dedica su primera obra dramática,

Alfredo Moreno Gil

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARTA ROSIER. . . .	(después Nicolasa Ferrier.)	D.ª *Carlota Mena*
MARGARITA		» *Adelina Sala*
AMELIA		» *Dolores Delhom*
SRA. ANTONIA		» *Elvira Morera*
SRA. CATALINA.		» *Ana Munner*
JULIANA		» *Matilde Amich*
GREGORIA.		» *Elvira Boix*

MARGARITA	(niña de 5 años.)	» *Dolores Pechio*
GUSTAVO	(niño de 6 años.)	» *Ricardo Pechio*

MAURICIO PUISOT . .	(después Guillermo Blanchet.)	D. *Antonio Tutau*
JORGE MORNÁS.		» *José Nieto*
GUSTAVO DERMONT		» *Enrique Borrás*
RIGAUD		» *Jaime Martí*
PERRIN		» *J. Capdevila*
P. JUAN LAROUSE.		» *F. Munner*
COLÁS.		» *Luis Llibre*
TOMÁS.		» *Ricardo Esteve*
VANNER.		» *Agustín Morera*
DR. LECLERC.		» *Juan Oliva*
ANSELMO		» *A. Morera*
OBRERO 1.º.		» *J. Oliva*
ID. 2.º.		» *L. Llibre*
DERMONT		» *E. Borrás*
UN COMISARIO		» *A. Morera*
UN GENDARME.		» *L. Llibre*
UN ALDEANO.		» *R Esteve*
UN CRIADO.		» *Juan Lleonart*
UN BANDIDO.		» *Angel Bonet*

OBREROS, ALDEANOS de ambos sexos, NIÑOS, GENDARMES, TRANSEUNTES, etc.

La acción pasa en Francia: 1810–1858



ACTO PRIMERO

EL INCENDIO

La escena representa el interior de la portería y la galería que comunica con la fábrica del ingeniero mecánico señor Dermont, en los alrededores de Alfortville. A la izquierda, en primer término, la puerta de entrada a la galería de la fábrica, con cerradura y un gran cerrojo por dentro; a continuación un muro de unos dos metros y medio de elevación, que termina, en tercer término, en el ángulo de la fachada principal de la fábrica, que está en el fondo de la galería. A la derecha, el interior de la portería, con puertas laterales y otra en el fondo derecha: la puerta de la izquierda comunica con la galería, la de la derecha con las habitaciones interiores y la del foro con el parque de la fábrica, que está detrás de la portería. En el fondo de la galería, en tercer término, la fachada principal de la fábrica: puerta a la derecha; a la izquierda, a la altura de un piso entresuelo, un gran mirador, cerrado con cristales, que coge casi toda la fachada, por donde se ve el despacho-escritorio (practicable) del señor Dermont. En cuarto y último término las otras dos fachadas de la fábrica. En la pared del recibimiento de la fábrica, un farol; otro en la fachada exterior de la portería, enfrente de la puerta de la izquierda, o sea la de la entrada a la galería; debajo de este farol, un banco. El despacho-escritorio (practicable) del fondo estará convenientemente amueblado; mesa y sillón frente al público, y detrás, la caja de valores, sillas, etc. En la portería, una mesa con una palmatoria con bujía, un quinqué y dos lámparas pequeñas para los faroles. Al lado de la puerta que da a la galería, un llavero colgado en la pared; sillas de paja, etcétera. Entiéndase por derecha e izquierda, las del actor.

ESCENA PRIMERA

DERMONT, RIGAUD y MAURICIO aparecen en el fondo, en el despacho-escritorio de la fábrica, que se ve por los cristales del mirador. Dermont está escribiendo, Rigaud y Mauricio, ocupados en varios trabajos de la oficina y guardando valores en la caja, etc. MARTA dentro de la portería, preparando las luces de los faroles de la galería y de la entrada de la fábrica. Luego la señora CATALINA sale por la puerta del fondo de la galería, que es la entrada de la fábrica. Después PERRIN, vestido de cochero, por la puerta del primer término de la izquierda, que da al campo. La acción empieza a la caída de la tarde. (Perrin, por un defecto orgánico, pronuncia la «r» como la «l» y la «s» como la «c», tartamudeando al principio de cada frase, con más insistencia cuanto más quiere precipitarlas. La viveza de su carácter aumenta este defecto.)

CATALINA (Viendo entrar a Perrin.) ¡ Hola !... Buenas tardes, Perrin.

PERRIN Bu... bu... buenas tardes, señora Catalina.

CATALINA ¿Venís ya a esperar al señor Rigaud?

PERRIN Co... co... como todas las tardes.

CATALINA ¿Eh?

PERRIN (Acercándose y levantando la voz.) Como todas las tardes.

CATALINA ¡ Ya ! sí ; y hoy con más motivo : el cielo está muy cubierto, y... ¡ milagro será que esta noche no tengamos tormenta !

PERRIN ¿To... to... tormenta? ¡ De seguro ! Lo presiento, porque estoy mu... muy nervioso.

CATALINA ¿Habéis visto por aquí al niño del amo?

PERRIN No... no... no, señora.

CATALINA ¿Que hace una hora?

PERRIN ¡ Que... que... que no, señora ! (Gritando.)

CATALINA ¡ Ah, ya !

PERRIN (¡ Ca... ca... cada día está más sorda esta buena mujer !)

CATALINA Estará tal vez en el parque jugando con la niña de Marta.

PERRIN E... e... eso será.

CATALINA (Volviéndose hacia él.) ¿Que no está?

PERRIN (Gritándole al oído.) ¡ Que... qúe... que eso será !

CATALINA ¡ Bien, hombre, bien ! ¡ No deis esas voces ! ¡ Si os oigo perfectamente ! Vaya, voy a ver... (Se dirige a la portería. En este momento se oye dentro el toque de salida de la campana de la fábrica.)

PERRIN ¡ No... no... no sé como el amo puede tener a su lado u... u... una sirvienta tan defectuosa !

CATALINA (Entrando en la portería.) ¡ Dios os guarde, mi buena Marta !

MARTA ¡ Ah ! buenas tardes, señora Catalina.

CATALINA Venía a buscar el niño. El amo, según acaba de decirme, se queda esta noche trabajando en el escritorio, y no volverá al pabellón hasta muy tarde : estad al cuidado por si acaso llamase, porque no quiere que ni Román ni yo nos quedemos aquí acompañándole, y como el pabellón está al otro extremo del parque, no es fácil oir si llama, aunque una tuviera oídos de tísico.

MARTA Sí, señora, sí, ya estaré yo alerta.

CATALINA ¿Qué puerta?

MARTA (Levantando la voz.) Digo que ya estaré yo alerta.

CATALINA ¡ Ah ! ¡ Ya ! Sí, sí ; ya lo he comprendido. Cuando el tiempo está revuelto me resiento algo de este oído, pero después... ¿Conque el niño?...

MARTA (En voz fuerte acercándose a ella.) Está jugando en el parque con Margarita.

CATALINA ¡ Ya, jugando !

MARTA Con Margarita. (Alzando la voz.)

CATALINA ¡ Con Margarita, sí ; si lo oigo perfectamente ! ¡ Y qué remonísima se va poniendo la niña ! Bien podéis estar orgullosa de tener una hija así.

MARTA Muchas gracias, señora Catalina.

CATALINA ¡ Muy fina ! ¡ Vaya si lo está ! ¡ Ya lo creo que sí ! ¡ Como sois tan madraza y la cuidáis con tanto regalo !...

MARTA Es verdad ; todo me parece poco para ella.

CATALINA ¡ Sí que está muy bella ! Y como es tan buena, y tan obediente, y tan..., repito que podéis estar orgullosa de vuestra hija. Conque voy... voy a buscar a los niños, que ya se va haciendo tarde, y la humedad que hay a estas horas en el parque no es muy sana para las criaturas. (Vase por la puerta del fondo de la portería.)

ESCENA II

Dichos menos Catalina : varios OBREROS, y JORGE entre ellos, empiezan a salir de la fábrica por la puerta del fondo ; los que figuran ser maestros de los varios departamentos y talleres entregan las llaves a Marta, que está en la puerta de la portería recogiéndolas y colocándolas por orden en el llavero, que está colgado dentro, cerca de la puerta. Le dan las buenas tardes, a cuyo saludo responde Marta cariñosamente, y unos se retiran por la izquierda y otros forman un grupo al rededor de Perrin.

OBRE. 1.° (Entregando la llave a Marta.) Buenas tardes, señora Marta.

MARTA Buenas tardes, Marcelo.

OBRE. 1.° ¿Y la pequeñuela?

MARTA Jugando en el parque con el señorito Gustavo.

OBRE. 1.° Dadle un beso de mi parte y decidle que mañana le traeré otro roscón como el de ayer.

MARTA Muchas gracias, Marcelo.

OBRE. 1.° (Volviéndose y viendo a Perrin.) ¡ Hola !... Ya está aquí nuestro amigo Perrin, más tieso y espetado que alguacil en día de gala.

PERRIN ¡ Y... y... y qué tenemos con eso ! Pues ya se ve que estoy aquí.

OBRE. 2.° ¡ Que hable el orador !

PERRIN ¡ O... o... orador !

OBRE. 2.° ¡Que nos pronuncie un discurso!

TODOS ¡Ja, ja, ja! (Burlándose.)

PERRIN ¡De... de... deslenguado!

OBRE. 2.° ¡Pues no se atreve a llamarnos deslenguados!

PERRIN ¡Mu... mu... mucho que sí!

OBRE. 1.° ¡Vaya! No te enfades, Perrin, que ya sabes que todos somos buenos amigos. (Hasta la salida de Mauricio siguen constantemente saliendo obreros de la fábrica; unos se retiran por la puerta de la izquierda, y otros se unen al grupo formado al rededor de Perrin. Procúrese dar variedad a este grupo, retirándose unos e incorporándose otros. Marta sigue recogiendo las llaves en la puerta de la portería. Mauricio desaparece del escritorio.)

JORGE (Uniéndose al grupo.) ¡Ea, muchachos! ¡Dejad en paz a Perrin, que si se le atufan las narices y enristra la fusta, nos va a hacer correr a todos por el campo como una manada de pollos!

PERRIN De... de... de gansos, dirías mejor.

TODOS ¡Ja, ja, ja!... (Burlándose de él.)

OBRE. 1.° ¿Sabes, Perrin, que para ser cochero tienes muy poca correa?

PERRIN Co... co... con las que lleva encima mi Colin haría yo a algunos a... a... andar más derechos de lo que andan. (Mirando a Jorge con intención.)

JORGE A mí, por ejemplo. (Burlándose.)

PERRIN ¡Y... y... y sin ejemplo también!

OBRE. 1.° ¿Pero no comprendes que todo es una broma?

PERRIN ¡Bro... bro... broma!

OBRE. 1.° ¡Pues claro que sí!

PERRIN ¡E... e... es que hay bromas muy pesadas!

JORGE Tiene mucha razón: los que, como Perrin, ocupan un puesto tan elevado, no reciben bromas, ni aguantan pulgas de nadie. (Se retira hacia el foro.)

PERRIN ¡Tú... tú... tú sí que eres un pulgón de marca mayor!

TODOS ¡ Ja, ja, ja !... (Aparece Mauricio en la puerta del fondo. Los obreros se retiran, quedando solos en la galería Perrin, cerca de la puerta de salida, y Mauricio y Jorge en el foro.)

PERRIN ¿No... no... no querías bromitas? ¡ Pu... pu... pues toma bromitas !

ESCENA III

Dichos, MAURICIO (menos los obreros)

MARTA (Dentro de la portería, contando las llaves del llavero.) Falta la llave del taller de carpintería. Ahora recuerdo que Mauricio me dijo esta tarde que él la recogería, y aun no ha bajado del escritorio.

PERRIN (Mirando al exterior por la puerta de la izquierda.) ¡ De... de... dejad quieto a Colin¡ ¡ Que... que... que le dejéis, os digo ! ¡ Hum !... (Sale amenazándoles con la fusta.)

MAURICIO (A Jorge, en voz baja y con mucho misterio, después de observar que Marta está dentro de la portería y que Dermont y Rigaud siguen trabajando en el escritorio.) ¿Está todo dispuesto?

JORGE (Contestando, también bajo.) Todo. ¿La llave de la puerta del taller de carpintería?...

MAURICIO Aquí está : toma. (Dándosela.)

JORGE (Mirando hacia el escritorio.) ¿Se queda también el cajero en el escritorio?

MAURICIO No.

JORGE Entonces... la ocasión no puede ser más oportuna ; esta misma noche...

MAURICIO ¡ Silencio, imprudente ! Espérame en el sitio convenido, y no olvides nada de lo que te he dicho.

JORGE ¿Pero, tú?...

MAURICIO Quiero hablar antes a Marta.

JORGE Mauricio ; repara que esa pasión te ciega y que esa mujer puede, no sólo destruir nuestros planes, sino labrar nuestra perdición.

MAURICIO ¡ He jurado que esa mujer ha de ser mía de una manera o de otra, y lo será ! (Con firme resolución.)

JORGE Pero...

MAURICIO Basta, Jorge ; ya sabes que nunca retrocedo ante lo que me propongo.

JORGE Pero bien, ¿ella?...

MAURICIO Cederá al fin y me seguirá.

JORGE Mucho temo que te engañes.

MAURICIO Ya he dicho que basta, Jorge ; espérame a la entrada del bosquecillo, que pronto nos reuniremos allí.

JORGE Así lo quieres, sea. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV

MAURICIO y MARTA. (DERMONT y RIGAUD en el escritorio.)

MAURICIO (Mirando a la portería.) (Está sola ; los momentos son preciosos y debo aprovecharlos ; entremos.) (Empieza a anochecer.)

MARTA (Volviéndose y viéndole entrar.) ¡ Ah ! ¿Vos aquí, señor Mauricio? Os creía en el despacho del amo.

MAURICIO ¡ El amo ! Esa palabra me hace daño en vuestros labios.

MARTA ¿ Por qué? ¡ No comprendo !...

MAURICIO Porque os rebaja demasiado, para quien tanto desea elevaros. (Con pasión.)

MARTA ¡ Señor Mauricio ! (Con natural rubor.)

MAURICIO Sí, Marta ; ese que llamáis vuestro amo y en cuya casa ha muerto Pablo, víctima de su celo al pie de una máquina, aunque otros digan que fué por una imprudencia temeraria...

MARTA ¡ Oh ! (Eujugándose sus lágrimas.)

MAURICIO Ese amo, repito, os despide ignominiosamente de la fábrica, bajo el pretexto de que no servís para desempeñar con todo rigor el puesto que ocupáis.

MARTA Pero, ¿eso es cierto, señor Mauricio?

¿Me abandonará así con mi adorada hija, cuando no hace aún cuatro meses que murió en su servicio mi pobre Pablo, mi honrado esposo, el padre de mi querida Margarita?

MAURICIO Así lo ha resuelto esta tarde; ha sabido que ayer a primera hora dejasteis salir un obrero de la fábrica, y ...

MARTA Sí, es cierto; no lo niego; vinieron a avisarle que su madre se había puesto muy mala, y yo... no tuve valor para negarle que acudiera en su socorro.

MAURICIO Pero ya sabéis que el reglamento de la fábrica prohibe terminantemente que nadie salga de ella, a las horas de trabajo, sin su expreso consentimiento.

MARTA Confieso que he faltado, pero no creo que mi falta merezca tan duro castigo.

MAURICIO Vuestro... amo, como decís, lo comprende de otro modo, y os arroja de aquí sin consideración alguna.

MARTA ¡Oh! ¿Pero y mi hija? ¡Mi pobre hija! ¡Qué va a ser de ella! (Abatida por el dolor, oculta la cabeza entre sus manos.)

MAURICIO (Bajando la voz, pero con viva expresión, procurando atraer a Marta a sus planes, ofuscándola con su mismo dolor.) ¡Marta!... Escuchadme bien. Negaros la pasión que hace tiempo me habéis inspirado sería ya inútil.

MARTA ¡Oh! ¡Mauricio!... (Retirándose con dignidad.)

MAURICIO No os alarméis; mi amor nunca ha podido ofenderos: bien sabéis que en vida de Pablo, ni una palabra, ni una acción la más insignificante ha alterado por mí vuestra dicha. Os he respetado a vos y a él. Pero ahora sois libre, os encontráis arrojada de aquí, sola y abandonada con vuestra hija, y yo vengo a ofreceros mi protección. Dentro de muy poco tiempo seré rico... muy rico; la suerte está ya en mis manos, y no tendré, como decís, un amo a quien obedecer: ¡el amo seré yo!

MARTA ¿Qué decís?
MAURICIO Digo que mi fortuna, mi porvenir, todo será vuestro ; yo amaré a Margarita como Pablo la amaba.
MARTA ¡ Oh !
MAURICIO Seré un padre para ella, y en vez de la miseria que la espera, yo labraré su porvenir.
MARTA ¡ Mi hija !
MAURICIO ¡ Sí, vuestra hija, cuya suerte está en vuestra mano ! ¡ Qué madre no se sacrifica por una hija !
MARTA ¡ Ah ! ¡ Callad... callad, por Dios !
MAURICIO ¿ Acaso lo que vengo a proponeros es una infamia?
MARTA ¡ Oh, no !
MAURICIO Entonces...
MARTA ¡ Mauricio ! Yo os agradezco con toda mi alma tan generoso ofrecimiento, pero...
MAURICIO ¿Qué?... Acabad.
MARTA No debo... no puedo engañaros ; mi corazón ha muerto, y jamás me uniré a ningún otro hombre.
MAURICIO ¿ Es decir que nada... absolutamente nada merece vuestra hija?
MARTA ¡ Ah ! ¡ No ! ¡ no me digáis eso ! ¡ Hija de mi alma !
MAURICIO ¡ Que vuestro corazón nada siente por ella !
MARTA ¡ Que no siente !...
MAURICIO ¡ Que su porvenir nada os interesa !
MARTA ¡ Oh !... ¡ Deliráis !... ¡ Callad, por compasión !
MAURICIO ¡ Más creí que ella os merecía !
MARTA ¡ Mauricio... no abuséis así de mi dolor !
MAURICIO ¿ Qué queréis que diga cuando así despreciáis este noble sentimiento que me anima?
MARTA ¿ Despreciarlo? ¡ ah, no, Mauricio !
MAURICIO ¿ Qué decís? ¿ Podría aun esperar?...
GUSTAVO (Dentro.) ¡ Arre, caballito !
MARTA ¡ Oh ! callad. (Se dirige hacia la puerta del fondo

de la portería, que da al parque, por donde vienen Margarita, Gustavo y después Catalina.)

MAURICIO (¡ Maldito contratiempo ! ¡ Si pudiera ahogarlos entre mis manos !...) (Rigaud desaparece del escritorio.)

ESCENA V

Dichos, GUSTAVO, MARGARITA, y después CATALINA.

(Margarita aparece delante tirando de la cuerda de un caballito de cartón con ruedas; detrás Gustavo, arreándole con un látigo.)

GUSTAVO ¡ Arre, Morito !

MARGARI. ¡ Mamá ! (Acercándose a Marta.)

MARTA ¿ Qué quieres, hija mía ? (Con cariño.)

MARGARI. (Enseñandole el caballo, que tendrá un gran agujero.) ¡ Mira : a Morito se le ha roto la tripa !

MARTA ¡ Le habéis hecho pedazos !

GUSTAVO (A Marta, con rapidez.) No... no ha sido Margarita, no la riñas ; he sido yo : no quería andar, y al darle con el látigo se ha roto.

MARGARI. ¿ Se le podrá curar, mamá ?

MARTA Sí, hija mía.

GUSTAVO Anda, Margarita ; vamos a curarle. (Los dos niños se colocan en primer término, teniendo el caballito frente al público, y empiezan a meterle trapos, papeles y cuantos pequeños objetos encuentran a mano.)

MAURICIO (Bajo a Marta, cerca de la puerta que da a la galería.) (Volveré ; necesito hablaros aquí esta noche.)

MARTA (No insistáis, Mauricio ; una vez cerrada la puerta de la fábrica, nadie entrará en ella sin expreso consentimiento del amo.)

MAURICIO (¡ Pero yo !...)

MARTA (No.)

CATALINA (Entrando.) Vamos, Gustavo ; que ya es hora de recogernos.

GUSTAVO Espera un poco, que ahora vamos a dar de comer a Morito. (Da un relámpago.)

CATALINA (Santiguándose.) ¡ Uf ! ¡ Ave María Purísi-

ma ! ¡ Cuando yo digo que esta noche vamos a tener tormenta ! Vaya... vamos, Gustavo, que si se nos echa el chaparrón encima no vamos a poder atravesar luego el parque. (Coge a Gustavo de la mano para marcharse. Marta se dirige a la mesa del fondo y enciende una bujía para la portería, el quinqué para el escritorio de Dermont, y dos lamparillas para los faroles.)

MAURICIO (Quiera o no quiera, yo volveré.) (Sale a la galería.)

GUSTAVO ¿Darás de comer a Morito? (A Margarita.)

MARGARI. Sí.

GUSTAVO ¿Y le acabarás de curar?

MARGARI. Sí.

GUSTAVO Bueno ; pues adiós, hasta mañana. (Da un beso a Margarita.) Buenas noches, señora Marta.

MARTA Adiós, hijo mío. (Besándole.)

CATALINA Ya sabéis, si ocurre algo, avisad.

MARTA Está bien, señora Catalina.

GUSTAVO (A Margarita, desde la puerta del foro.) ¡ Que no te olvides de darle de comer !

MARGARI. ¡ Si vamos a cenar juntos los dos ! (Da otro relámpago. Catalina se vuelve y se santigua.)

CATALINA ¡ Jesús, María y José ! ¡ Vamos, vamos pronto ! (Vanse Catalina y Gustavo por la puerta del fondo de la portería ; Marta coge el quinqué encendido y sale a la galería.)

MAURICIO Un momento. (Acercándose.)

MARTA ¡ Por Dios, Mauricio... no me comprometáis !... (Vase con el quinqué por la puerta del fondo de la galería : después aparece en el escritorio, deja el quinqué encima de la mesa donde está trabajando Dermont, y se retira.)

MAURICIO (Después de verla entrar en el escritorio.) ¡ Vacila !... ¡ no hay duda, cederá a mis ruegos ! (Mirando al escritorio.) Ya ha quedado solo en su despacho el señor Dermont ; es preciso que esta misma noche quede todo terminado : Jorge me espera y no debemos vacilar ; difícilmente volvería a presentarse otra ocasión como ésta.

ESCENA VI

MAURICIO y RIGAUD, que sale por la puerta del fondo de la galería; después MARTA, por la misma puerta; DERMONT en el escritorio; MARGARITA en la portería..

MAURICIO (¡Ya se retira el señor Rigaud; es imposible que pueda ya hablar a Marta! ¿Cómo decidirla a que abandone esta noche la portería?) (Queda pensativo.)

RIGAUD (Acercándose.) Celebro que aun estéis aquí, Mauricio.

MAURICIO ¿Ocurre algo nuevo, señor Rigaud?

RIGAUD No; pero podéis evitar a mis piernas, que no andan ya muy ligeras, el subir y bajar unos cuantos escalones. Encima de la mesa de mi despacho he dejado olvidada la nota de la liquidación que hemos hecho esta tarde; y como mañana temprano he de hacer grandes pagos, quisiera esta noche confrontarla de nuevo, y al efecto me llevo estos documentos para revisarlos con más detención. (Enseñándole unos papeles.)

MAURICIO Bien; subiré.

RIGAUD Sí; hacedme ese favor, que mis piernas os lo agradecerán; ya sabéis la nota que os digo.

MAURICIO Sí; ya sé cual es.

RIGAUD Aquí os espero; ya es tarde y debemos retirarnos pronto, si no queremos que nos coja la tormenta en el camino.

MAURICIO Bajaré en seguida. (Se detiene al ver salir a Marta; ésta atraviesa la galería y entra en la portería.) (¿De qué medio me valdría para avisarla?)

RIGAUD ¿Conque, Mauricio?...

MAURICIO Voy, voy corriendo.) (Vase por puerta del fondo.)

RIGAUD ¿Si no habrá enganchado todavía Perrin el carruaje? Tendría gracia que me hiciera esperar aquí una hora con la noche que se prepara.

MARGARI. (A Marta.) Mamá, ¿quieres que coja unas hojitas para dar de comer a Morito?

MARTA — Bien; pero vuelve pronto.

MARGARI. — Bueno. (Vase corriendo por la puerta del fondo de la portería. Marta vuelve a la galería con dos lamparillas encendidas para colocarlas en los faroles.)

RIGAUD — ¿Sabéis si ha enganchado Perrin la berlina?

MARTA — Sí, señor; hace un momento que ha salido de aquí, y sin duda estará esperando con el coche debajo del cobertizo de la cochera: ¿si queréis que le avise?... (Siguen los relámpagos.)

RIGAUD — No; ya saldré yo ahora: espero a Mauricio, que ha subido por unos papeles y bajará en seguida.

MARTA — (Acercándose con respetuosa atención.) Si el señor me permitiera...

RIGAUD — ¿Qué?

MARTA — Desearía haceros una pregunta.

RIGAUD — Hablad.

MARTA — Es que... sentiría abusar de vuestra bondad.

RIGAUD — Nada de eso; ya sabéis cuanto os aprecio y lo mucho que deseo complaceros.

MARTA — Gracias, señor.

RIGAUD — Vaya; id a colocar vuestras luces y aquí os espero.

MARTA — ¡Sois demasiado bondadoso conmigo! (Marta coloca las lamparillas: una en el farol del recibimiento de la puerta del fondo y otra en el de la fachada de la portería.)

RIGAUD — (¡Pobre Marta! Habrá sabido, sin duda, por Mauricio o por alguno de los obreros, que el señor Dermont ha resuelto despedirla de la fábrica, y, como es muy natural, deseará saber si es cierta o no tan desagradable noticia. Yo mismo la enteraré de todo, haciéndole ver que no por eso quedará abandonada con su hija. (Breve pausa.) ¡Mucho tarda Mauricio! La nota la he dejado encima de la carpeta de mi mesa, y para cogerla y bajar en seguida... ¡Vaya! sin duda le habrá entretenido el

señor Dermont. (Mirando al escritorio.) ¡ Pero no ; no le veo ! ¡ no está en el escritorio !... ¡ Será cosa que tenga yo que subir ! ¡ Pues maldita la gracia que me haría ! (Mauricio aparece en la puerta del fondo.) ¡ Ah ! ¡ vamos, ya está aquí ; gracias a Dios !)

MAURICIO (¡ Tomad !) (Con rapidez, entregando misteriosamente un papel a Marta, que estará colocando la lámpara en el farol de la fachada de la portería.)

MARTA (¡ Eh ! ¿Qué significa esto?) (Ocultando el papel.)

MAURICIO (Acercándose a Rigaud y entregándole la nota que ha subido a buscar.) Aquí tenéis la nota.

RIGAUD Gracias, Mauricio. (Cogiéndola.)

MAURICIO ¿Tenéis que mandarme alguna otra cosa?

RIGAUD No, nada.

MAURICIO Entonces me retiro.

RIGAUD Si queréis, saldremos juntos y os llevaré en el coche hasta la vuelta del montecillo.

MAURICIO Gracias, señor Rigaud : realmente llevamos camino opuesto, la noche va cerrando demasiado, y no debo perder tiempo dando ese rodeo ; por el atajo estaré en mi casa antes de veinte minutos.

RIGAUD Bien ; como queráis.

MAURICIO Hasta mañana, señor Rigaud.

RIGAUD Hasta mañana. (Mauricio, al retirarse, intenta hablar aparte a Marta, pero ésta le contiene con su acción, y Mauricio se despide de ella desde la puerta.)

MAURICIO Buenas noches, Marta.

MARTA Buenas noches. (Después que ha salido Mauricio, se dirige Marta a la puerta de la izquierda y la cierra. La tormenta se oye lejos.)

ESCENA VII

MARTA y RIGAUD en la galería ; después MARGARITA por la puerta del fondo de la portería ; DERMONT en su escritorio.

RIGAUD Conque vamos a ver, vamos a ver : ¿qué es lo que tenéis que preguntarme?

MARTA Señor... ¿es cierto que el amo me despide de la fábrica?

RIGAUD Sí, Marta; es preciso.

MARTA ¡Oh! ¡Dios mío! (Con aflicción.)

RIGAUD Pero no por eso hay motivo para afligirse de esa manera.

MARTA ¡Ah, señor! si yo no tuviera que mirar más que por mí, ni una sola queja saldría de mis labios; ¡pero mi Margarita! ¡mi pobre Margarita!...

RIGAUD Ninguna de las dos quedaréis abandonadas; yo os lo aseguro; el señor Dermont os dará una buena gratificación y...

MARTA (Con dignidad.) ¡Oh, no, para nada la quiero! ¡la muerte de mi pobre Pablo no merece que se pague con una limosna! ¡Nunca creí que el señor Dermont fuera tan cruel con la viuda y la hija de uno de los obreros más trabajadores de su fábrica! ¡Nunca pude imaginarme que ésta fuera la recompensa de su desgraciada muerte!

RIGAUD ¡Vaya!... ¡vaya! ¡no hay que amontonarse de ese modo! Ni el señor Dermont trata de abandonaros así, ni mucho menos de ofender la memoria de Pablo; él mismo acaba de manifestarme que os buscará una buena colocación, más a propósito con vuestro estado y de menos compromiso que el puesto que aquí ocupáis. La portería de una fábrica como ésta reclama un servicio y una severidad que vos no podéis, realmente, desempeñar. Estos días han faltado varios obreros a su trabajo, y ayer mismo...

MARTA Es cierto, señor; pero si ayer dejé salir al maquinista del segundo departamento, fué porque su pobre madre...

RIGAUD Sí, ya lo sé; lo cual revela que tenéis un excelente corazón; pero el reglamento de la fábrica es demasiado severo para impo-

nerlo a corazones tan tiernos y generosos.

MARTA Sí, señor; lo comprendo, pero...

RIGAUD No lo dudéis, Marta: el señor Dermont es un hombre generoso, desprendido y de nobles y generosos sentimientos.

MARTA Siempre lo he creído así, señor; por eso me sorprende...

RIGAUD ¡Nada, nada! Ya os he dicho que no hay motivo para afligiros de esa manera, ni para que toméis sus beneficios como una limosna humillante; además, hasta que se os encuentre otra ocupación más propia de vuestro carácter, permaneceréis con Catalina en el pabellón del parque. Allí podréis atender y educar a Margarita mejor aún que aquí; en fin, mañana nos ocuparemos detenidamente de todo esto; ahora procurad tranquilizar vuestro espíritu y descansad.

MARTA ¡Ah, señor! ¡contad siempre con mi eterna gratitud! (Un fuerte relámpago, seguido de un trueno aun lejano, ilumina la escena. Margarita entra por la puerta del fondo de la portería con unas ramas verdes en la mano: ata al cuello del caballito su delantal, como si fuera un babero, y figura que se pone a dar le de comer, encima de una silla pequeña que esté a la altura de la cabeza del caballo.)

RIGAUD ¡Hola! ¡hola! ¡Parece que se va formalizando la tormenta! Salgamos pronto, no sea que tenga yo también que quedarme esta noche en la fábrica.

MARTA (Abriendo la puerta de la izquierda de la galería y llamando.) Perrin: acercad el coche, que va a salir el señor Rigaud.

RIGAUD ¿Estad al cuidado, eh? El señor Dermont trabajará todavía en su escritorio un buen rato y pudiera necesitar vuestros servicios.

MARTA Hasta que se retire a su pabellón no me recogeré.

RICAUD Bien; hasta mañana, Marta.

MARTA Buenas noches, señor Rigaud. (Vase Ri-

gaud: Marta espera un momento en la puerta y después cierra, echando la llave y el cerrojo; luego se dirige a la puerta del fondo de la galería y cierra también, recogiendo las llaves. Noche obscura. Sigue la tormenta con más fuerza.)

ESCENA VIII

MARTA y MARGARITA dentro de la portería; DERMONT en el escritorio; después JORGE y MAURICIO; últimamente varios OBREROS y ALDEANOS.

MARTA (Sacando el papel que le ha dado Mauricio y encaminándose a la portería.) ¡No sé por qué este papel abrasa mi mano! ¿Qué tendrá que decirme Mauricio? Sepamos lo que esto significa. (Entra en la portería y se acerca a Margarita.) ¿Qué haces, Margarita?

MARGARI. Estoy dando de comer a Morito.

MARTA ¡Hija de mi alma! (La da un beso y después se acerca a la mesa donde está encendida la bujía.) Veamos lo que dice este papel. (Sorprendida de ver dentro dos billetes de banco.) ¡Eh! ¿qué es esto? ¡dos billetes de cien francos! Leamos. (Leyendo.) «Marta: esta misma noche seré rico, muy rico; con mi amor os ofrezco mi fortuna, que será el porvenir de vuestra hija; no vaciléis: mañana seréis despedida de la fábrica sin consideración alguna. Aceptad la protección que os ofrezco y seguidme; yo os conduciré a un retiro seguro, de donde partiremos para el extranjero; pensad en vuestra hija, que será la mía; este pensamiento os infundirá valor. Os remito esos dos billetes de cien francos por si necesitáis hacer algún gasto antes de reunirnos. Confío en que tan pronto como leáis mi carta abandonaréis la fábrica. Lejos, muy lejos de este país, seremos felices y ricos, muy ricos; os espero. *Mauricio.*» (Reflexionando mucho todo lo que va pensando.) ¡Salir de aquí!

¡Huir con él! ¡lejos... muy lejos de este país!... ¡Huir al extranjero!... ¿Por qué? ¡Dios me perdone, pero no sé qué vago presentimiento me dice que bajo estas líneas se oculta un crimen! «Esta noche seré rico... muy rico.» ¿Qué intentará ese desgraciado? ¿Tratará de engañarme, de seducirme, para hacerme después su cómplice? ¡Oh, no! La que, como yo, se cree honrada con su pobreza, no puede ser nunca criminal. (Arruga el papel y lo arroja al suelo, viniendo a caer cerca de donde está Margarita jugando con el caballito.) ¡Y esos billetes!... sí, mañana mismo se los devolveré; solamente al tocarlos siento que el rubor de la vergüenza enciende mi rostro. (Se dirige al fondo y guarda los billetes en el cajón de la mesa.)

MARGARI. Gustavo no ha curado bien a Morito. (Coge el papel que ha arrojado Marta al suelo y le mete dentro del caballito.)

MARTA Procuraremos desechar estas ideas. (Dominando su turbación y cogiendo de la mano a Margarita.) Vamos, vamos a acostar, hija mía, que ya es muy tarde.

MARGARI. ¿No tendrá miedo, aquí solo, Morito?

MARTA No, hija mía; vamos. (Coge la bujía y desaparece con Margarita por la derecha; la portería queda completamente a obscuras. La escena permanece sola breves momentos. Da un fuerte relámpago que ilumina la figura de Mauricio, que aparece escalando el muro de la galería, que está al lado de la puerta de la izquierda. Baja a la escena con las mayores precauciones y misteriosamente, siguiendo el muro por el fondo, llega hasta el farol de la fachada de la portería; ve a Dermont en el escritorio y observa que la portería está a obscuras y la puerta abierta.)

MAURICIO ¡Oh! ¡no hay duda! ¡ha huído! ¡por fin cedió! (Con cínica satisfacción.) ¡Ah!... ¡pronto será mía!... (Apaga el farol de la galería, que queda completamente a obscuras: la tormenta sigue con toda su fuerza. Sólo se ve en el fondo a

Dermont en el escritorio, alumbrado por el quinqué que tiene sobre la mesa, donde sigue trabajando.) ¡ Está solo !... ¡ Más vale así ! (Se dirige a tientas hacia el muro; vuelve a subir y dice en voz baja:) Arriba. (Aparece Jorge en el muro y salta a la galería. Mauricio abre con una llave la puerta del fondo, que es la que da entrada a la fábrica: entran los dos: apagan el farol de adentro y desaparecen. Un momento después vuelve Marta, con la bujía, dentro de la portería. Busca la carta.)

MARTA ¡ No encuentro ese funesto papel ! yo lo arrojé al suelo... (Al acercarse buscándolo hacia la puerta de la galería, advierte que el farol está apagado y sale a la galería.) Se ha apagado el farol; el viento, sin duda... (Sigue la tormenta con fuerza.) ¡ Qué noche tan horrible ! (Mauricio aparece en el escritorio y puñal en mano acomete y hiere por la espalda a Dermont, que da un grito y cae. Al grito, levanta Marta la cabeza y retrocede horrorizada.) ¡ Jesús ! ¡ Mauricio ! (Deja caer la bujía.)

MAURICIO ¡ Marta ! (Desde el escritorio. Apaga el quinqué y queda a obscuras toda la escena, que sólo será alumbrada por la luz de los relámpagos: en uno de éstos se ve a Mauricio abriendo la caja de valores, etc., etc.)

MARTA ¡ Mauricio le ha asesinado !... (Gritando.) ¡ Socorro ! ¡ Socorro !... (Entra precipitadamente en la portería, saca una llave del llavero, y abre la puerta gritando: «¡ Socorro !» Después se lanza a la puerta del fondo de la galería, que encuentra abierta, entra, y un momento después se oye dentro el toque de rebato de la campana de la fábrica: empiezan a verse las llamas del incendio en el interior; rápidamente toma el fuego gran incremento. Aparecen por la puerta de la galería varios aldeanos y obreros con picos, etcétera, etc. Confusión general; voces y campana dentro: la tormenta en toda su fuerza: la luz de los relámpagos y el fuego de la fábrica iluminan la escena. Cuadro animado.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

AL PIE DE LA CRUZ

Plaza en la aldea de Alfort. A la derecha, la casa del Padre Juan (cura de la aldea). A la izquierda, en primer término, la puerta de otra casa de muy pobre aspecto. En el foro derecha, la portada y fachada lateral de la iglesia, a la que se sube por dos o tres escalones. En el centro de la plaza, en segundo término, una cruz de piedra sobre una gradería que puede servir de asiento. (Noche muy obscura.)

ESCENA PRIMERA

JORGE, después MAURICIO.

(Momentos después de levantarse el telón se oye dentro el canto del cuco. Jorge sale presuroso, pero con mucho recelo, por la puerta de la izquierda; se dirige al foro derecha y escucha: vuelve a repetirse el canto dentro.)

JORGE ¡Es él!... ¡no hay duda! (Desaparece rápidamente por detrás de la iglesia. Momentos de silencio. Se oye más cerca el mismo canto del cuco. Después vuelve Jorge por el mismo lado, seguido a cierta distancia de Mauricio, que traerá la cabeza vendada y el vestido destrozado y lleno de lodo; entran los dos en la plaza con mucho misterio. Mauricio se deja caer en los escalones de la cruz de piedra, muy fatigado.)

MAURICIO ¿No me esperabas ya?

JORGE No: hubiera jurado, como todos, que habías perecido en el incendio. Por eso al oir la señal convenida... ¡ya puedes figurarte cual habrá sido mi asombro!

MAURICIO Sí: ¡tú no sabes bien los peligros de que me he visto rodeado esta noche!

JORGE ¿Pero... al fin y al cabo?... (Con impaciente avaricia.)

MAURICIO ¡Al fin y al cabo... ya estoy aquí! (Comprendiendo su intención y gozándose en contener su impaciencia.)

JORGE ¿Y has podido conseguir?...

MAURICIO ¿Salvarme? Ya lo ves.

JORGE Pero...

MAURICIO ¿Qué más podíamos desear? ¿Crees que vale tan poco salvar el cuerpo y escurrir el bulto?

JORGE No lo niego; pero... si después de correr tantos peligros...

MAURICIO Sería, en efecto, muy desagradable verse uno con las manos limpias. ¿No es verdad?

JORGE Precisamente.

MAURICIO ¡Y que noches como esta marcan un período en la vida que no se borra tan fácilmente!... ¿No es cierto, Jorge?

JORGE Así será. (Con marcado disgusto.)

MAURICIO ¡Ea! Acabemos de una vez. Toma. (Sacando del bolsillo un fajo de billetes.)

JORGE ¡Oh! (Cogiéndolos con avara satisfacción.)

MAURICIO Ahí tienes lo que te corresponde.

JORGE ¿Es decir que al fin?...

MAURICIO Es decir que este asunto está ya terminado... y punto redondo.

JORGE Tienes razón. (Guardándose los billetes.)

MAURICIO Ahora... conviene que me digas lo que ha ocurrido, después que yo desaparecí entre las llamas.

JORGE En el momento mismo en que estaba prendiendo fuego, como habíamos dispuesto, oí con sobresalto varias voces y gritos, y

poco después la campana de la fábrica qu tocaba a rebato; salté por la ventana d taller de carpintería y me oculté en campo, a la entrada del bosquecillo; fuego se extendió con asombrosa rapide y al resplandor de las llamas todos los al rededores de la fábrica se iluminaron echéme al suelo entre unas jaras; pero sin embargo, temí que pudieran descubrirme algunos de los aldeanos y obrero que acudían por todos lados, y creí lo má prudente unirme a ellos y volver a la fábrica a apagar el fuego; demasiado sabí que esto era ya imposible; las vasijas botellas de aguarrás, que desde hace tantos días veníamos ocultando en los sitios más convenientes, hacían su efecto.

MAURICIO ¡Demasiado lo sé!

JORGE Comprendí que era preciso hacer lo que todos hacían y con ellos penetré en la galería: figúrate tú cual sería mi sorpresa al verte solo en medio de las llamas, luchando contra el fuego.

MAURICIO No me quedaba otro recurso; yo tenía perfectamente dispuesta mi salida por el lado de la galería, pero Marta, a quien creíamos lejos de allí, me vió entrar en el escritorio, y con sus voces y gritos me cortó la retirada. Retrocedí hacia el taller de máquinas, con el objeto de saltar por una ventana al parque, pero el fuego se había ya apoderado de la escalera interior; era imposible bajar. Volví hacia el escritorio, y desde allí vi a varios obreros entrar en la galería; ya no era posible ocultarme, y animándoles para que subieran a ayudarme, empecé a trabajar; no pudieron llegar hasta mí; toda la planta baja era ya presa de las llamas, y yo solo me encontraba arriba, dentro de un círculo de fuego; atravesé por encima de una viga ardiendo, y al llegar al extremo

opuesto entré en el gabinete inmediato; el suelo se desplomó y caí envuelto entre los escombros.

)RGE Y todos creímos, en efecto, que habías perecido víctima de tu arrojo por apagar el incendio.

[AURICIO ¡Lo sé ¡lo sé! Al caer entre los escombros vine a parar cerca de la entrada de los subterráneos de la fábrica; haciendo desesperados esfuerzos, conseguí abrir la puerta y penetré en ellos, cayendo al suela herido y destrozado cerca de una de las rejas que dan al campo por detrás de la fábrica; desde allí pude oir a varios obreros y aldeanos, que cruzaban por aquel sitio, que yo había perecido entre los escombros por salvar al señor Dermont y apagar el fuego.

ORGE Era la voz general.

IAURICIO ¡Comprendí que en esa creencia estaba mi salvación, y he permanecido oculto más de seis horas en los subterráneos, hasta que, aprovechando la ocasión de retirarse de aquel sitio la gente que había acudido de todos los alrededores de la fábrica, y cuando ya las llamas del incendio no iluminaban el campo, he salido arrastrándome por el suelo, y envuelto entre las sombras de la noche he podido llegar hasta aquí, como ves, herido... y rendido de fatiga!

ORGE Entremos en mi casa si quieres; aquí puedes permanecer oculto hasta mañana por la noche, según habíamos convenido.

MAURICIO Después entraré; ¡déjame ahora respirar un poco aquí al aire libre! parece que todavía el fuego rodea mi cabeza, y el fresco de la noche me consuela; sin embargo, si crees que alguno pudiera sorprendernos aquí... (Con recelo.)

JORGE No: todos duermen tranquilamente en la

aldea, y la noche no puede ser más obscura. (Breve pausa. Mauricio queda pensativo.)

Mauricio ¡Quién había de imaginarse que ella se opusiera en mi camino! ¡Oh! ¡Marta! ¡Marta! ...

Jorge Ya te dije yo que esa mujer...

Mauricio ¡No!... ¡no me hables de ella! (Transición.) ¡Pero sí!... ¡quiero saberlo todo!.. ¡todo!... ¿qué ha dicho de mí? ¿qué ha declarado?

Jorge Inútilmente ha tratado de acriminarte, diciendo que había recibido una carta tuya con unos billetes de banco, que, en efecto, se habían encontrado en el cajón de una mesa de la portería.

Mauricio ¿Y esa carta? (Con vivo interés.)

Jorge Dice que, en su indignación, la arrojó al suelo y no sabe cómo ha desaparecido; lo cual ha hecho creer a todos que sólo trataba de acriminarte para salvarse ella; mucho más, cuando aquellos billetes obraban en su poder y eran una viva acusación del robo que acababa de cometerse.

Mauricio Sin embargo, si esa carta pareciera...

Jorge ¡Es imposible! Allí sólo quedan escombros y cenizas.

Mauricio De todos modos conviene a mis planes que todos crean que he perecido en el incendio.

Jorge No digo lo contrario, pero no dudes que toda la responsabilidad recaerá sobre ella; todos, y yo el primero, la acusábamos, diciendo que, como iba a ser despedida de la fábrica, había tratado de vengarse y de hacer su fortuna, y que había aprovechado la ocasión de hallarse sola allí con el señor Dermont para llevar a cabo su atentado; así es, que cuando el señor Rigaud, el cajero, llegó al mismo tiempo que el comisario y los gendarmes de Charenton, la acusación contra ella era ya general; y lo que más ha aumentado estas sos-

pechas es que, atemorizada sin duda por estas amenazas, ha huído de la fábrica, llevándose a su hija.

MAURICIO ¿Dices que ha desaparecido?... (Con interés.)

JORGE Sí; la confusión que reinaba por todos lados y la obscuridad de la noche han hecho que nadie se haya apercibido de ello, hasta la llegada de los gendarmes. Estos la buscan por todos los alrededores, pero lo menos hasta las dos de la noche, que fué cuando yo regresé aquí, no habían dado aún con ella.

MAURICIO ¿Tienes completa seguridad de poderme ocultar en tu casa hasta mañana por la noche?

JORGE Ya te he dicho que sí; que todo lo tengo prevenido.

MAURICIO Pero alguien habitará contigo y...

JORGE Nadie: mi primo Guillermo Blanchet, que era el único que vivía en mi compañía, marchó a París enfermo, como sabes, hace quinces días, y murió la semana pasada en el hospital.

MAURICIO ¿De manera?...

JORGE Que nadie hay en la casa más que yo: precisamente ayer recibí una cartera suya con su fè de bautismo y demás documentos que justificaban su personalidad, que tuve que presentar en el hospital.

MAURICIO ¿Y esos papeles?... (Con vivo interés.)

JORGE Ningún interés tienen ya para mí; ¿si tú crees que en estos momentos pueden servirte de algo? ...

MAURICIO ¡Oh! ¡sí! ¡indudablemente!

JORGE Aquí los tienes. (Dándole la cartera.)

MAURICIO (Cogiéndola con marcada satisfacción.) Gracias, Jorge; estos documentos pueden evitarme nuevos contratiempos. Como todos aseguráis, Mauricio Puisot ha perecido en el incendio...

JORGE ¡Ah! ¡ya! y Guillermo Blanchet ha resucitado. (Comprendiendo su intención.)

MAURICIO Eso es ; el vivo ha muerto...

JORGE Y el muerto vive.

MAURICIO Perfectamente : ya sabes que desde hoy me llamo Guillermo Blanchet ; no creo que nadie se ocupe en averiguar, fuera de esta aldea, si ese pobre diablo ha existido, ni si ha muerto o no en un hospital.

JORGE Creo lo mismo.

MAURICIO En ese caso ...

JORGE (Escuchando hacia la derecha.) ¡ Chist !... ¡ calla ! Me parece haber oído ruido en casa del cura ; retirémonos ; el padre Juan acude muy temprano a la iglesia, y no haga el diablo que...

MAURICIO Tienes razón ; vamos. (Entran por la puerta de la izquierda y cierran por dentro. Empieza a amanecer.)

ESCENA II

Un ALDEANO, después ANSELMO, luego el PADRE JUAN y detrás la señora ANTONIA, ALDEANOS, ALDEANAS y NIÑOS.

(Sale de la casa del cura un aldeano con un manojo de llaves ; se dirige hacia la puerta de la iglesia, abre, entra, y poco después se oye dentro la campana. Van abriéndose algunas puertas de las casas de la plaza, y varios aldeanos, aldeanas y niños acuden por todos lados ; unos se dirigen a la iglesia y otros quedan hablando en la plaza, formando grupos. Anselmo, respetable anciano de la aldea, sale por la izquierda y se acerca a la casa del cura, al ver aparecer en ella al Padre Juan ; un momento después sale por la misma puerta Antonia, y todos vienen a formar un solo grupo en medio de la plaza.)

ANSELMO Buenos días, padre Juan.

ALDE. 1.° Buenos días, señor cura. (Todos le saludan afectuosamente.)

P. JUAN Dios nos dé su gracia a todos, hijos míos. ¿Qué hay, señor Anselmo? ¿Se ha sabido algo más del incendio de anoche?

ANSELMO Parece que, por desgracia, se confirman las noticias que llegaron hasta nosotros.

P. JUAN ¿Ha muerto, en efecto, el dueño de la fábrica?

ALDE. 1.° Según dijeron anoche, a última hora, unos obreros que pasaron por el montecillo, cuando aun contemplábamos desde allí el resplandor de las llamas, no sólo ha muerto el propietario, sino también el contramaestre de la fábrica.

P. JUAN ¡Qué terrible desgracia!

ALDE. 1.° Pero... dicen que el amo ha muerto asesinado.

P. JUAN ¡Asesinado! ¡Qué horror!

ANTONIA ¡Parece mentira que haya almas tan depravadas!

P. JUAN ¡La ambición, hijos míos, conduce al hombre a los crímenes más espantosos!

ANSELMO ¡Y no por eso alcanzan la felicidad que tanto anhelan!

P. JUAN Sin la paz del alma, ¿qué valen las riquezas? ¡Las heridas que se abren en la conciencia no se cierran jamás!

ANTONIA ¿Y no se dice quién ha realizado tan infame delito?

ALDE. 1.° No sabemos más.

P. JUAN ¡Desgraciados los unos... y los otros! ¡Hijos míos... roguemos a Dios por todos! (Se dirigen a la iglesia siguiendo al Padre Juan; la plaza queda otra vez desierta.)

ESCENA III

MARTA aparece por la izquierda, último término, sin fuerzas ya para sostener a MARGARITA, que lleva entre sus brazos; al llegar al pie de la cruz se deja caer sobre las gradas que la rodean.

MARTA ¡No puedo más! ¡Dios mío... dame fuerzas para sostener a mi hija! ¡Tú, que ves mi inocencia, ampárame, no me niegues tu infinita misericordia! (Breve pausa.)

MARGARÍ. ¡Mamá... tengo frío!

MARTA ¡Hija de mi alma! (Se quita el pañuelo de lana

que lleva sobre los hombros y abriga con él a su hija.)

MARGARI. ¡ Pero tú... tendrás frío también !

MARTA No ; yo puedo resistir mucho más que tú. (Pausa.)

MARGARI. ¿ A dónde me llevas ?

MARTA (Transida de dolor sin saber qué contestar.) (¡ Ay !...) Ya lo verás, hija mía ; pronto, pronto llegaremos. (¿ A dónde, ¡ Dios mío ! a dónde debo dirigir mis pasos ? ¡ Las fuerzas me abandonan y ya me sería imposible huir más lejos ! Los gendarmes me persiguen, y muy pronto darían conmigo... ¡ Huir ! ¡ huir siendo inocente !... ¡ Oh, sí ! ¡ Los inocentes sufren también horribles persecuciones ! ¡ Los inocentes penetran también en las cárceles ! ¡ Los inocentes tienen muchas veces que abandonar a sus hijos para satisfacer los errores de la justicia humana ! ¡ Dios mío !... ¡ abandonar a mi Margarita !... ¡ Oh ! ¡ no, no ! ¡ tú no consentirás que la arranquen de mis brazos ! ¡ que quede sola y abandonada en el mundo ! ¡ Hija, hija de mi corazón !) (Queda fuertemente abrazada a ella. Pausa. Se oye dentro el órgano de la iglesia.) ¡ Esa armonía celestial que llega a mi oído eleva a Dios mi alma y me da nuevo aliento ! (Cayendo al pie de la cruz y haciendo arrodillar a Margarita delante de ella en el escalón más elevado.) ¡ Recibe, misericordioso Señor, la plegaria de un ángel, envuelto entre el dolor y las lágrimas de una madre ! (Momentos de expresivo silencio ; cesa el órgano. Marta se levanta, no puede sostenerse y se sienta otra vez en las gradas de la cruz, colocando a Margarita a su lado.) Varias veces he oído decir que el anciano sacerdote de esta aldea era tan bondadoso como compasivo. Me arrojaré a sus pies ; le confesaré mis desgracias, y tendrá compasión de mí. ¡ Dios inspirará mi voz y conmoverá su corazón ! (Queda abatida con Margarita al pie de la cruz. Pausa.)

ESCENA IV

MARTA y MARGARITA; ALDEANOS y ALDEANAS que salen de la iglesia lentamente; luego el señor ANSELMO y la señora ANTONIA; después el PADRE JUAN y últimamente JORGE por la puerta de la izquierda.

ANSELMO (*Acercándose y fijándose en Marta y Margarita.*) ¿Qué tenéis, buena mujer? ¿Estáis enferma?

MARTA He caminado toda la noche... y me encuentro muy fatigada.

ANSELMO ¿Venís desde muy lejos? (*La señora Antonia y los aldeanos se acercan también a ella.*)

MARTA No, señor; pero me cogió la tormenta en el bosque, y por guarecerme de la lluvia me separé del camino y me he extraviado; ¡la noche era tan obscura!

ANTONIA (¡Pobre mujer!)

ANSELMO La mañana está muy fría y no debéis permanecer aquí al aire libre.

ANTONIA Venid conmigo a mi casa y allí podréis descansar y reponer vuestras fuerzas.

MARTA Muchas gracias, señora.

MARGARI. ¡Sí, mamá!... ¡yo tengo mucho frío!

MARTA ¡Hija mía!

ANTONIA ¡Pobrecita niña! (*Acariciándola.*) ¿Estás tú también muy cansada?

MARGARI. Sí, señora.

MARTA La pobre ha venido andando parte del camino.

ANTONIA Y tienes mucho frío, ¿verdad?

MARGARI. Frío... y hambre.

MARTA ¡Hija de mi alma! (*Abrazándola.*)

ANSELMO ¡Pobre criatura!

ANTONIA Vamos, vamos adentro; allí os calentaréis y tomaréis algún alimento.

MARTA Dios os lo pague, señora. (*Besándole las manos. Jorge aparece en la puerta de la izquierda y reconoce a Marta sin que ésta le vea.*)

JORGE (¡Es Marta!... ¡sí!... ¡es ella!) (*Entra otra vez en su casa y cierra.*)

ANTONIA Después continuaréis vuestro camino, si es que no pensáis deteneros en este sitio.

MARTA Sí, señora; he llegado hasta aquí porque deseo hablar al señor cura de esta aldea.

(Aparece el Padre Juan en la puerta de la iglesia.)

ANTONIA ¿A mi hermano?

MARTA ¡Ah! ¿es vuestro hermano?

ANTONIA Sí, señora.

ANSELMO Aquí está.

MARTA (Echándose a los pies del Padre Juan.) ¡Ah!... ¡señor!... ¡Tened compasión de esta desgraciada!

P. JUAN Levantaos, hija mía; sólo ante Dios debemos doblar nuestra rodilla.

ANTONIA Les ha cogido en despoblado la tormenta de esta noche, y las pobres vienen yertas de frío; ya les he dicho que entremos en casa, donde podrán descansar de sus fatigas.

P. JUAN Sí, sí; entremos, buena mujer.

MARTA Permitidme, señor; antes de poner el pie en vuestra santa casa debo deciros quién soy y por qué vengo a buscaros.

P. JUAN Mi casa está siempre abierta para todo el mundo y a nadie se le pregunta nunca su nombre.

MARTA Lo sé, señor; pero aquí... al pie de esta santa cruz, que ha recibido mi desfallecido cuerpo y que parece que extiende sus brazos para ampararme, creo que tendría más aliento para haceros mi confesión.

P. JUAN Sea como queráis. (Anselmo habla a los aldeanos y se retiran por ambos lados; Jorge vuelve a salir de su casa y, procurando no ser visto, desaparece por el foro izquierda.)

ANTONIA Y yo, entre tanto, si no os oponéis a ello, cuidaré de vuestra hija.

MARTA ¡Ah, señora, gracias por tanta caridad!

MARGARI. Adiós, mamá. (Abrazándola y dándole un beso.)

MARTA Adiós, hija mía. (Vanse por la puerta derecha la señora Antonia y Margarita.)

ESCENA V

MARTA y el PADRE JUAN.

P. JUAN — Tranquilizad vuestro espíritu y confiad en mis buenos deseos.

MARTA — Vuestra bondad me anima, señor.

P. JUAN — Hablad sin temor alguno. (Se sientan al pie de la cruz. Breve pausa.)

MARTA — (Con natural y sentida expresión.) Viuda hace cuatro meses de un honrado obrero, que murió arrollado por una de las máquinas de la fábrica que esta noche ha sido presa de las llamas, quedaba en el mundo sola y sin recursos para mantener a mi pobre hija. El dueño de la fábrica, condolido de mi desgracia, me encargó de la portería, donde vivía con mi Margarita. Poco tiempo después de la terrible muerte de mi esposo, el contramaestre de la fábrica me ofreció su protección, dándome a entender que sería un segundo padre para mi hija si quería vivir con él; escuso deciros que rechacé su proposición desde el primer momento.

P. JUAN — Bien, hija mía, continuad.

MARTA — La portería de la fábrica exigía duras obligaciones; no negaré que, por no amenguar el corto jornal de esos pobres hijos del trabajo, he faltado algunas veces a lo que el reglamento ordenaba. Ayer tarde, después de salir los obreros de la fábrica, presentóse ese hombre en la portería; más que nunca insistió en sus pretensiones; la llegada de otras personas le obligaron a retirarse de allí, y después, al salir con el cajero de la fábrica, me entregó un papel en el cual me reiteraba sus promesas, diciéndome que por mi propia dignidad abandonase inmediatamente la fábrica. En ese papel añadía que dentro de bre-

ves horas tendría entre sus manos una gran fortuna; que sería rico... muy rico, y que si yo accedía a sus deseos huiríamos lejos de Francia, donde nos esperaba un brillante porvenir. Arrojé indignada aquella carta al suelo, porque no sé qué extraño presentimiento me decía que aquellas líneas ocultaban un atentado horrible; y en efecto, señor: cuando ya sólo quedaba el amo trabajando en su escritorio, ese hombre... no sé cómo ni por dónde, volvió a entrar en la fábrica: regresaba yo de acostar a mi hija y... ¡ah, señor!... ¡qué horrible espectáculo! Ese hombre penetraba en aquel momento en el escritorio; hirió mortalmente al amo y yo... yo empecé a gritar, aterrada por aquel espantoso cuadro; toqué la campana, abrí la puerta que daba al campo, y cuando me dirigía al escritorio el fuego se extendía ya por todas partes.

P. JUAN ¡Qué horror!

MARTA Desde entonces apenas puedo darme cuenta de lo que ha pasado; unos decían que el contramaestre había perecido entre las llamas por salvar al amo; otros que había caído al lado opuesto y que debía encontrarse entre las ruinas; pero yo... yo tenía la convicción profunda de que aquel hombre había huído.

P. JUAN ¿Y en qué fundáis esa creencia?

MARTA Era para mí indudable que el incendio había sido preparado de antemano; la asombrosa rapidez con que se extendió así lo demostraba, y no se comprende que un hombre astuto y fuerte como él se dejase sorprender de ese modo por las llamas. ¡En fin, señor, lo único que puedo aseguraros es que soy inocente! ¡que yo no he tenido participación alguna en ese horrible crimen! ¡Lo juro por la salvación de mi hija!

P. JUAN ¡Oh, sí; os creo!

MARTA Y sin embargo me persiguen.

P. JUAN ¿A vos?

MARTA Sí; me acusan de que yo estaba sola allí en aquellos momentos, y de que había tratado de vengarme del amo porque me despedía de la fábrica. Aterrada y envuelta entre aquella horrible confusión, volví a la portería, que era lo único que el fuego había respetado, y cogiendo a mi hija entre mis brazos huí por una puerta falsa que daba al campo. ¡Entre las sombras de la noche he caminado por el bosquecillo de una a otra parte con mi pobre hija, y por fin he llegado aquí, como veis, rendida de cansancio y sin fuerzas ya para dar un paso más! ¡Ah, señor!... ¡amparadme, defendedme de tan viles acusaciones! (Cayendo de rodillas.)

P. JUAN (Levantándola.) Tranquilizaos, hija mía; esa infame calumnia se desvanecerá, y por fin, brillará vuestra inocencia.

MARTA ¡Pero hasta tanto, señor, me prenderán! y mi hija... mi pobre hija... quedará sola y abandonada! ¡Oh, Dios mío, esto sería horrible!... ¡muy horrible! ...

P. JUAN ¿No decís que ese hombre os escribió una carta?

MARTA Sí; y esa carta es una prueba clara y terminante de mi inocencia; pero en vano la he buscado después en la portería; ese papel ha desaparecido de allí.

P. JUAN La turbación en que os encontrabais, la misma confusión de esa terrible escena no os ha permitido, sin duda, buscar bien ese papel; en eso precisamente debéis fijar toda vuestra atención. Esto es lo que debo aconsejaros, y yo mismo me ofrezco a acompañaros a la fábrica con este objeto.

MARTA ¿Pero mi hija?...

P. JUAN Vuestra hija quedará aquí al lado de mi hermana y nada le faltará.

MARTA ¡Ah, señor!... ¡gracias, gracias! ¡pero si ese papel hubiese desaparecido!...

P. JUAN No vaciléis; de todos modos no conviene que así huyáis de la acción de la justicia; eso podría acriminaros y debéis evitar toda sospecha; de presentaros vos misma a los tribunales a ser conducida por los gendarmes ante ellos hay, como podréis comprender, una diferencia muy notable que podría agravar vuestra causa.

MARTA ¡Oh! ¡Sí, sí! ¡Tenéis razón, mucha razón!

ESCENA VI

Dichos, MARGARITA y la señora ANTONIA por la derecha; después JORGE y GENDARMES por el foro izquierda, seguidos de algunos ALDEANOS; ANSELMO, otros ALDEANOS, ALDEANAS y NIÑOS acuden a la plaza por diferentes lados.

MARGARI. ¡Mamá!... (Dirigiéndose corriendo hacia Marta.)

MARTA ¡Hija mía!... (Se abrazan.)

JORGE Ahí la tenéis. (Saliendo con los gendarmes, aldeanos, etc.)

MARTA ¡Ah! ¡Jorge! (Retrocede aterrada al ver a los gendarmes. Jorge entra en su casa y cierra.)

GENDAR. ¿Os llamáis Marta Rosier? (Adelantándose.)

MARTA Sí: (Maquinalmente, aturdida por la situación.).

GENDAR. En nombre de la ley daos a prisión.

MARTA ¡Yo!... ¡Yo presa! ¡Yo!

P. JUAN ¡Animo, hija mía!

MARTA ¡Presa! ¡Pero y mi hija! ¡mi pobre hija!...

MARGARI. ¡Mamá! (Echándose en sus brazos.)

MARTA ¡Tu madre! ¡Tu madre! ¡Sí! Yo soy tu madre y me llevan... ¡Ay! ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Soy inocente!

P. JUAN ¡Vamos, hija mía!

MARTA (Con delirio.) ¡Pero mi hija!... ¡Mi Margarita!...

P. JUAN Ya os he dicho que mi hermana... (La señora Antonia comprende por estas palabras que debe quedarse con la niña y se acerca a ella cariñosamente cogiéndola de la mano.)

MARTA ¡ Ah ! ¡ Sí ! ¡ Vuestra hermana ! ¡ Vuestra santa hermana ! (Besándole la mano.) ¡ Dios os lo pague ! ¡ Dios os lo pague ! (Sensación general hasta el final del acto. Marta se vuelve hacia su hija, besándola y abrazándola, etc.) ¡ Adiós, adiós, hija mía ! Me separan de ti, me llevan a la... ¡ No ! ¡ No sepas nunca donde me llevan ! ¡ Adiós, mi Margarita ! ¡ Adiós, hija de mi corazón !

P. JUAN ¡ Valor, hija mía !

MARTA ¡ Valor ! ¡ Sí ! ¡ Pues si yo no tuviera valor !... ¡ Vamos ! (A una indicación del Padre Juan, procura la señora Antonia ir retirando la niña hacia su casa, para hacer menos cruel esta separación.) ¡ Ah ! (Precipitándose en sus brazos otra vez y besándola.) ¡ Adiós, hija de mi alma ! ¡ Vamos ! ¡ Vamos ! (Haciendo un esfuerzo supremo se retira hacia el foro con los gendarmes, acompañada del Padre Juan, pero volviendo a cada paso la cabeza para ver a su hija.) ¡ Valor ! ¡ Valor ! ¡ Le tengo ! ¡ Ya lo veis !... ¡ Allí !... ¡ Allí la dejo !... ¡ Ya veis si tengo valor !... ¡ Vamos !... (Dando un grito cerca ya del foro.) ¡ Hija !... ¡ Hija de mi corazón !... (Desaparece por el foro izquierda con el Padre Juan y los gendarmes. La señora Antonia queda con Margarita acariciándola. Anselmo, aldeanos y aldeanas muy conmovidos. Sensación general. Cuadro.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

DIEZ Y OCHO AÑOS DESPUÉS

Despacho elegantemente amueblado en casa del señor Blanchet (antes Mauricio Puisot). Mesa escritorio y sillones a la derecha; velador y butacas a la izquierda. Muebles de lujo. Puertas laterales y dos al fondo; la del foro derecha conduce al exterior; la de la izquierda al jardín. Chimenea en el centro del fondo, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

BLANCHET aparece escribiendo y examinando unos planos sobre la mesa; un momento después sale por la puerta de la izquierda AMELIA; al verla Blanchet se levanta y se acerca a ella, acompañándola a la butaca que está al lado del velador. Después un CRIADO por la puerta del foro derecha.

BLANCHET ¿Cómo te encuentras hoy, hija mía?

AMELIA (Con débil acento.) He pasado una noche muy intranquila:

BLANCHET Pronto te repondrás; debo participarte que ya está en disposición de habitarse la linda posesión que para ti he comprado en Noisy; los aires puros del campo harán que recobres pronto tu salud.

AMELIA No; no quiero ir a Noisy; prefiero estar en París.

BLANCHET Repara que el médico te aconseja...

AMELIA (Con imponente expresión.) Ya he dicho que no quiero ir a Noisy. ¡ Nunca oyes bien lo que te digo y siempre me replicas ! ¡ No sé como hay que decirte las cosas !

BLANCHET Bien ; si prefieres quedarte en París...

AMELIA Sí. (Con sequedad.)

BLANCHET (¡ Su enfermedad avanza con demasiada rapidez !) (Pausa. Blanchet se acerca a la mesa.)

AMELIA Nada me has dicho de la entrevista que has tenido con mi recomendado.

BLANCHET ¡ Ah ! ¡ sí ! Efectivamente, me ha parecido un joven de talento y creo que podré satisfacer tus deseos.

AMELIA ¿Es decir que aún no le has ofrecido la vacante que para él te pedí?

BLANCHET Ya comprendes, hija mía, que para confiarle un cargo como ese se necesitan pruebas prácticas de sus conocimientos.

AMELIA (Resentida.) ¿Según eso, mi recomendación nada vale?

BLANCHET Vale tanto, que él será, sin duda, el preferido si, como creo, reúne las condiciones precisas para ocupar ese puesto.

AMELIA He prometido a la señora de Derville que así lo harías y...

BLANCHET Y así se hará en efecto ; vendrá de un momento a otro a enseñarme unos trabajos que le he encomendado, y como no dudo, por el exámen que de él he hecho, que llenará debidamente su cometido, le admitiré en mis oficinas, como deseas.

AMELIA Siempre es algo ; yo creí que mi sola recomendación bastaría, pero... en fin, si de una manera o de otra le das ese destino, eso tendrá que agradecerte.

BLANCHET Ocupará ese puesto ; yo te lo aseguro.

AMELIA Bien. (Breve pausa.)

BLANCHET ¿Y dices que has conocido a ese joven?...

AMELIA En casa de la señora de Derville ; es condiscípulo y amigo íntimo de su hijo Adolfo. Ya recordarás que cuando la señora de

Derville fué a Méjico, donde permaneció más de un año, con objeto de hacerse cargo de la herencia de un tío suyo, intimó mucho con mamá, y cuando llegamos a París vino a visitarnos en seguida.

BLANCHET Sí; lo recuerdo muy bien.

AMELIA La señora de Derville me ha manifestado siempre mucho cariño, y bien sabes que paso algunas tardes en su compañía; allí va, en efecto, ese joven todos los días a estudiar con su amigo Adolfo, y ahí tienes porque la señora de Derville se interesa por él y porque yo te lo he recomendado con tanto empeño.

BLANCHET Nada más natural.

AMELIA Precisamente ayer, cuando mi oficiala de modista vino a probarme un traje, que por cierto espero de un momento a otro, no sé cómo salió la conversación sobre ese joven, y me dijo que en efecto poseía bellísimas cualidades, según había oído repetidas veces a la señora de Derville, y que merecía mi protección.

BLANCHET (En tono de broma.) ¡Ah! ¡Pues si la oficiala de tu modista te le recomienda también!...

AMELIA Nada tendría de particular que esa joven, a quien proteje la señora de Derville, se interesase también por el íntimo amigo de su hijo.

BLANCHET Absolutamente nada; por lo tanto, cuando vuelva hoy tu joven modista, puedes anunciarle que ha sido atendida la recomendación de la señora de Derville, y que así puedes participárselo, hasta que tú vayas personalmente a hacerlo.

CRIADO Señor... (Desde la puerta del foro derecha.)

BLANCHET ¿Qué hay?

CRIADO El joven que vino ayer con una tarjeta de la señora de Derville, espera en la antesala.

AMELIA ¡El es, papá! (Con marcada animación.)

BLANCHET Que pase adelante. (Vase el criado.)
AMELIA ¿Con qué quedamos?...
BLANCHET En que tu recomendado será dignamente atendido.
AMELIA ¡Bien! (Con satisfacción.)

ESCENA II

Dichos, GUSTAVO (por el foro derecha con unos planos).

GUSTAVO Señor Blanchet... (Saludando desde la puerta.)
BLANCHET Adelante, amigo mío.
GUSTAVO Señorita... (Saludándola.)
AMELIA Adiós, Gustavo.
GUSTAVO (A Blanchet.) Aquí traigo los planos que ayer tuvisteis la bondad de encargarme.
BLANCHET ¡Mucha actividad es esa!
GUSTAVO El trabajo era de escasa importancia y sólo me ha ocupado breves horas. (Blanchet se acerca a la mesa y examina los planos.)
AMELIA Tomad asiento, si gustáis.
GUSTAVO Gracias, señorita. (Sentándose cerca de ella.) ¿Cómo os encontráis hoy?
AMELIA Muy bien; perfectamente. (Con animación.)
GUSTAVO Hace ya días que no tenía el gusto de veros en casa de la señora de Derville.
AMELIA Es cierto, sí; he estado ligeramente indispuesta y no he ido por su casa, pero... mañana por la tarde me encontraréis allí seguramente.
BLANCHET (Volviendo de examinar los planos.) Muy bien; nada tengo que reprochar.
GUSTAVO Falta, como veis, la graduación del último trazado, que no me he atrevido a fijar por no saber a cual de las dos escalas queréis que se sujete.
BLANCHET A la primera, sí.
GUSTAVO Bien; es trabajo que en pocos minutos queda terminado, y si me permitís aquí mismo...
BLANCHET Antes debo manifestaros que desde este

momento queda a vuestro cargo la sección de planos y dibujos de mi nueva fábrica.

AMELIA (¡Ah!) (Con viva satisfacción.)

GUSTAVO Gracias, señor Blanchet.

BLANCHET Ahora bien, amigo mío; me interesa mucho que estos planos se remitan mañana mismo a mi fundición de Joinville y desearía que empezaseis a desempeñar vuestro cargo, aceptando la importante comisión de llevarlos vos mismo, con el objeto de explicar detenidamente algunos detalles de construcción que son indispensables.

GUSTAVO Mucho me honra esa confianza que os merezco y procuraré cumplir mi cometido con el mayor celo.

BLANCHET Así lo espero; y para que podáis ir y volver con más comodidad, dispondré que mañana por la tarde tengáis aquí un carruaje a vuestra disposición; todo ello es un paseo de un par de horas.

GUSTAVO Entonces... mañana mismo por la noche estaré aquí de vuelta.

BLANCHET Así lo deseo también, porque justamente he citado aquí en mi despacho para las nueve a unos ingenieros belgas, con el objeto de ocuparnos de la construcción de unos nuevos motores, cuyos dibujos tendrán ya terminados para esa hora, y celebraría que presenciaseis esa entrevista.

GUSTAVO Al anochecer saldré de Joinville y antes de las nueve estaré aquí.

BLANCHET Perfectamente; estamos de acuerdo: entrad ahora en mi gabinete de estudio a terminar vuestro trabajo; allí encontraréis todo lo necesario.

GUSTAVO Con vuestro permiso. (Saluda y se retira por la derecha.)

ESCENA III

AMELIA y BLANCHET.

BLANCHET ¿Han quedado completamente satisfechos tus deseos?

AMELIA Sí, papá; y creo poderte asegurar que mis caprichos, como tú dices, no han de perjudicarte en lo más mínimo.

BLANCHET A mí no puede perjudicarme nada que interese a mi hija; bien sabes que eres el único ser que amo en el mundo y que tu voluntad es mi ley. Formaste decidido empeño en salir de Méjico, tu país natal, para venir a vivir a París, y aunque esto contrariaba todos mis planes... (Con marcada intención.) y exigía una pérdida considerable a mis intereses, abandoné mis asuntos y en París vivimos hace ya dos años, realizando de este modo tu constante aspiración.

AMELIA Es cierto.

BLANCHET Y sin embargo, veo con disgusto que este clima no te es muy favorable.

AMELIA Te engañas; sólo aquí puedo hallar alivio a esta enfermedad que me devora.

ESCENA IV

Dichos, JORGE (por el foro derecha.)

JORGE ¿Estorbo? (Entrando y con su natural ironía.)

BLANCHET ¡Eh! No. (Volviéndose y viéndole con disgusto.)

JORGE ¡Lo dices de una manera tan seca!...

BLANCHET ¡Ya sabes que ese es mi carácter!

JORGE Es verdad; pero yo, que me precio de ser muy considerado, sentiría ser inoportuno en esta ocasión.

BLANCHET ¡Ya te he dicho que no!

JORGE ¡Bien, hombre, bien!... No te incomodes

por eso. (Acercándose a Amelia, que le recibe con el mismo disgusto que su padre.) ¿Y cómo vamos de salud?

AMELIA Mejor; gracias. (Levantándose y con frialdad.)

BLANCHET ¿Te retiras ya? (A Amelia.)

AMELIA Sí; voy a dar una vuelta por el jardín; el día está muy despejado, y los rayos del sol son para mí una segunda vida. Hasta luego, papá. Hasta luego. (Saludando fríamente a Jorge y marchándose por el foro izquierda. Pausa.)

ESCENA V

BLANCHET y JORGE.

JORGE (Sosteniendo siempre su irónica expresión.) ¿Sabes que tu hija no me profesa un afecto muy envidiable?

BLANCHET No te habrás hecho acreedor a él.

JORGE También es verdad; reconozco que soy poco galante con las damas.

BLANCHET En fin, ¿qué buscas aquí? ¿A qué vienes?

JORGE ¿Te incomoda mi presencia? (Con mucha calma.)

BLANCHET Ya sabes que soy poco amigo de inútiles digresiones.

JORGE Cualidad muy apreciable en un hombre de negocios. (Sentándose en la butaca de la izquierda.)

BLANCHET (Acercándose.) Acabemos de una vez. ¿Qué quieres?

JORGE Cinco mil francos. (Alargando la mano con mucha naturalidad.)

BLANCHET ¡Jorge!... (Reprimiéndose.)

JORGE ¡Más lacónico no puedo ser!

BLANCHET ¿Pero tú has creído que yo voy a ser toda la vida tu cajero? (Bajando la voz.)

JORGE ¡No, si yo no me opongo a ello! ¡Qué mayor honra para mí! ¡Tú eres rico, yo soy pobre; tú ganas cuanto quieres, yo

gasto cuanto puedo; a tí te sonríe la fortuna, a mí me abate la desgracia; unidos los dos, la ley de compensación no puede quedar más satisfecha!

BLANCHET ¿Crees, desgraciado, que vas a intimidarme como otras veces?

JORGE Veo que eres muy ingrato; ¿tú llamas intimidar a la atención que tuve hace cuatro años de hacer un viaje, nada menos que al nuevo mundo, con el solo objeto... de hacerte una visita?

BLANCHET Dejémonos de irónicas reticencias y no busques el temple de mi carácter. (Acercándose.) ¿He faltado contigo a ningún compromiso? ¿Te debo algo de lo que convinimos en otra época, que debemos olvidar por completo?

JORGE No, seguramente; nada me debes; al contrario, yo sería quien...

BLANCHET Bien, bien; no hay para qué recordar lo pasado. ¿No te he mandado desde Méjico más de seis mil francos que me has pedido? ¿Volviste con las manos vacías cuando allí te presentaste? Aquí mismo, desde hace dos años que me establecí en París, ¿no has acudido a mí en diferentes ocasiones? ¿Voy a estar siempre siendo una mina para ti?

JORGE El sermón es bueno y es lástima que yo entienda poco de sermones.

BLANCHET ¡Jorge!... (Reprimiéndose.)

JORGE ¡Total: unos doce mil francos poco más o menos en diez y ocho años! ¡Soberbia suma para un archimillonario como tú! ¡Un hombre que llega a América documentado en toda regla por mí; (Movimiento de Blanchet.) sí, por mí; que a los pocos meses de llegar se asocia a un rico hacendista, se casa con su hija, queda sin suegro y sin mujer al poco tiempo, y sobre la fortuna que ya llevaba, que no era pequeña, hereda otra inmensa, colosal, y se atreve

aún a recordar la miseria de doce mil francos al que tanto debe y al que siempre está dispuesto a sacrificarse por él!

BLANCHET ¡Valiera más que esos sacrificios los emplearas en provecho tuyo, que bien lo necesitas: entregado siempre al juego, por no saber... no sabes más que perder!

JORGE ¡También eso es verdad! ¡Oh! Pues si en el juego se ganara siempre... no sería un vicio; sería la virtud más generalizazada de la especie humana! Pero ¡qué quieres! todos tenemos nuestras debilidades. Tú, por ejemplo, que tan fuerte te crees, te has dejado dominar por tu hija, y por ella has cometido la imprudencia de volver a Francia, donde siempre existirá un peligro para ti.

BLANCHET ¿Temes que al cabo de diez y ocho años pudieran reconocerme en París, donde nunca he vivido? Si has creído por ese medio infundirme temor, has elegido mal camino.

JORGE Eres muy dueño de pensar como tú quieras. Tú sabes mucho y yo nada. ¿No es eso? Quizás tengas razón; tú eres rico y yo soy pobre, y... en fin, no hay más que hablar.

BLANCHET ¡Pero es que tú nada haces para crearte una posición! ¡Que serás toda tu vida un perdido, y que no mereces ni que yo mismo me interese por ti!

JORGE No te canses en predicarme; ya te he dicho que entiendo poco de sermones y que no vengo a pedirte consejos... sino dinero.

BLANCHET Y yo también te he dicho ya que no te doy nada. (Paseándose de uno a otro lado.)

JORGE Bien; esperaré a que se te pase el mal humor. (Sacando tranquilamente un periódico del bolsillo.)

BLANCHET Esperarás inútilmente. (Pausa. Blanchet sigue paseándose. Jorge busca un artículo del periódico y lee con mucha calma, pero con marcada intención.)

JORGE «Hace más de diez y ocho años que se cometió un horrible atentado en la persona y bienes del rico ingeniero mecánico señor Dermont, incendiándole la fábrica que poseía en los alrededores de Alfortville.»

BLANCHET ¡Eh! ¿Qué es eso? (Cogiéndole el periódico.)

JORGE Ya lo ves, un artículo del diario.

BLANCHET (Leyendo con avidez.) «La autora de este horrible crimen, Marta Rosier, portera de la fábrica, fué sentenciada por los tribunales de justicia a reclusión perpetua: en el acto de la sentencia volvióse loca y en ese estado ha permanecido más de doce años en la Salpetriére. Al volver a la razón fué trasladada a San Lázaro y desde allí a la casa central de Clermont a sufrir la pena a que había sido condenada.»

JORGE Continúa.

BLANCHET «La buena conducta que esta mujer ha observado durante estos seis últimos años, y los conocimientos que había adquirido en el hospital de la Salpetriére, hicieron que se la nombrara enfermera, inspirando demasiada confianza a las hermanas encargadas de este departamento, lo cual ha dado lugar a que haya huído de su prisión, se supone que disfrazada con un hábito de dichas hermanas. A pesar de las activas diligencias que ha hecho la policía aun no se ha podido dar con ella; se cree que, con un nombre supuesto, haya huído al extranjero.»
¡Oh! ¡Marta en libertad!

JORGE ¡Eso mismo digo yo!

BLANCHET (Volviendo a leer las últimas líneas para cerciorarse.) «Se cree que, con un nombre supuesto, haya huído al extranjero.»

JORGE Lo cual ni tú ni yo debemos creer.

BLANCHET ¿En qué te fundas para asegurarlo así?

JORGE (Levantándose.) La razón es muy sencilla: Si tú, por haber vivido como ella en un

rincón de una miserable aldea, has accedido a los deseos de tu hija y has vuelto a Francia, en la seguridad de que después de tan larga ausencia nadie te reconocería, con más razón habrán desfigurado a ella diez y ocho años de sufrimientos, y aunque haya tratado al principio de ocultarse, tan pronto como la policía cese en sus activas indagaciones, saldrá de su rincón para buscar a su hija, a quien, como sabes, dejó abandonada en la aldea de Alfort.

BLANCHET ¿Es decir?...

JORGE Que Marta, si ya no está en París, lo estará muy pronto.

BLANCHET ¿Tú crees?...

JORGE Creo más : tengo la íntima convicción de que, si por casualidad nos echara la vista encima, nos reconocería en seguida.

BLANCHET ¡ Imposible !

JORGE No te hagas ilusiones, Mauricio ; convengo en que después de tantos años pases desapercibido por cualquiera que te haya conocido, mucho más creyendo que pereciste en el incendio ; pero para ella, que por lo menos debe dudar esto, tu imagen no se habrá borrado de su memoria ni un solo día, y por mucho que tu rostro haya variado, tu voz... tu mirada... tu presencia, en fin, bastaría a esa mujer para reconocerte. ¡ Sí, no lo dudes ! te reconocería... como nosotros reconoceríamos a ella al primer golpe de vista, por mucho que los años hayan transformado su semblante.

BLANCHET Tienes razón, Jorge ; es preciso, por todos los medios imaginables, cueste lo que cueste, buscar a esa mujer.

JORGE Nada más sencillo. Como es natural, acudirá, más tarde o más temprano, a donde pueda adquirir noticias de su hija, y vigilando bien esos sitios no tardaremos en

dar con ella : además, si al mismo tiempo podemos descubrir donde vive su hija...

BLANCHET Pero eso...

JORGE No es difícil tampoco ; ya sabes que la recogió la hermana del cura de Alfort y que cuando éste murió se trasladó ella a Joinville con la niña ; mañana mismo iré yo a esa aldea, y malo ha de ser que salga de allí sin saber si vive la niña todavía en la aldea o donde está.

BLANCHET Sí, sí, y una vez descubierta Marta, una sencilla delación bastará para volverla a su prisión para toda su vida. ¿Puedo contar contigo?

JORGE Para todo.

BLANCHET Bien.

JORGE Pero...

BLANCHET ¡Chist! ¡Calla! (Viendo aparecer en la puerta derecha a Gustavo.)

ESCENA VI

Dichos, GUSTAVO (con el plano).

GUSTAVO (Extendiendo el plano encima de la mesa.) Creo que es esto lo que deseáis.

BLANCHET (Examinándole.) Exactamente. Veo con satisfacción que a vuestros conocimientos teóricos reunís una gran práctica. ¿Tenéis verdadero cariño a vuestra carrera?

GUSTAVO En ella únicamente cifro mi porvenir.

BLANCHET ¿Y hace mucho que terminasteis vuestros estudios?

GUSTAVO Dos años próximamente ; mi padre fué también ingeniero mecánico, y aunque tuve la desgracia de perderle siendo muy niño, formé después decidido empeño en seguir su profesión, animado por una idea fija que su memoria me recuerda siempre.

BLANCHET Voy, pues, a extender la orden que ha-

béis de llevar mañana a Joinville para que os reconozcan en la fábrica. ¿Vuestro nombre? (*Sentándose a escribir.*)

GUSTAVO Gustavo Dermont. (*Viva sorpresa en Blanchet y en Jorge, pero sin que nada advierta Gustavo.*)

BLANCHET (¡Eh!...) ¿Gustavo?...

GUSTAVO Dermont.

BLANCHET (*Procurando recobrar su sangre fría y haciendo como si recordase el nombre para disimular mejor su sorpresa.*) Sí; creo, en efecto, haber oído hablar... de un ingeniero mecánico... que, si mal no recuerdo, poseía hace muchos años una fábrica...

GUSTAVO En los alrededores de Alfortville.

BLANCHET Eso es. ¿Seríais, tal vez, pariente de ese ingeniero?

GUSTAVO Soy su hijo.

BLANCHET (¡Su hijo!)

JORGE (¡Su hijo!... Una mala noticia nunca viene sola. ¡Cuando yo decía que este asunto empezaba a complicarse!)

BLANCHET Pero... ¿vuestro padre?...

GUSTAVO Murió vilmente asesinado en el escritorio de la fábrica, a la que prendieron fuego aquella misma noche, robándole una suma que constituía casi toda su fortuna.

BLANCHET Sí; tengo una idea vaga de haber oído referir que una mujer... la portera de la fábrica...

GUSTAVO Sobre ella, en efecto, recayeron todas las sospechas, y fué sentenciada a reclusión perpetua por el tribunal.

BLANCHET Lo cual quiere decir que fué probado su delito.

GUSTAVO Así a lo menos lo revela su sentencia; pero, según datos que yo he adquirido después, esa mujer debía tener cómplices, o mejor dicho, ella solamente debía ser cómplice del verdadero autor o autores de ese crimen.

BLANCHET ¿Y esos datos?... (*Con recelo.*)

GUSTAVO Me los ha proporcionado el anciano caje-

ro que fué de mi padre, y a quien debo todo lo que soy.

BLANCHET ¿El cajero de vuestro padre?...

GUSTAVO Sí, señor; a pesar de tener ya en aquella época más de sesenta años, aun vive, animando mi esperanza de descubrir quien fué realmente el asesino de mi padre.

BLANCHET Pero... cuando esa mujer ha sido sentenciada, prueba irrecusable es de su culpa.

GUSTAVO A veces la justicia humana también comete errores.

BLANCHET ¿Trataríais vos mismo de justificar a esa mujer?

GUSTAVO No; pero ya os he dicho que creo que no fué ella sola la culpable.

BLANCHET ¿Y no sería más prudente creer que ese anciano de ochenta y tantos años, como decís, cuya cabeza no debe estar ya muy firme, se haya forjado esos sueños, dominado por el mismo cariño que profesaba a vuestro padre?

GUSTAVO No, señor. Si os refiriese detenidamente todo cuanto me ha hecho conocer, no dudo que pensaríais como yo. Esa mujer fué delatada a los gendarmes en la aldea de Alfort por un obrero llamado Jorge, hombre de muy malos antecedentes. (Movimiento de Jorge, que instintivamente se vuelve como si temiera ser reconocido.) Este obrero, según se supo después, ocultó aquella noche en su casa a un desconocido, que, con el mayor misterio, abandonó aquel lugar a la noche siguiente, según atestiguó un viejo aldeano que los vió salir, y poco tiempo después ese obrero desapareció también de la aldea.

JORGE (¡El viejo Anselmo!... ¡El fué quien nos vió!)

GUSTAVO Mi noble protector, que siempre ha dudado de la criminalidad de esa mujer, ha seguido constantemente haciendo indagaciones, y aunque no ha podido hallar

prueba alguna, tiene, sin embargo, vehementes indicios para creer que el contramaestre que mi padre tenía en la fábrica, hombre entendido, pero dotado de una energía y una ambición desmedidas, no pereció en el incendio, como todos creyeron, y sólo él poseía el secreto de la caja de valores de mi padre, donde aquella tarde había él mismo ayudado a encerrar grandes sumas que fueron robadas aquella noche.

BLANCHET Pero... esas no pasan de ser suposiciones aventuradas...

GUSTAVO Que han adquirido, sin embargo, a mis ojos, tal grado de certeza, que he jurado, por la memoria de mi padre, consagrar toda mi vida a descubrir ese misterioso crimen, para vengar su terrible muerte. Pero, dispensadme, señor Blanchet : en hablando de mi padre todo lo olvido ; he molestado vuestra atención demasiado, abusando de vuestra bondad.

BLANCHET Al contrario, y en prueba de ello que estoy dispuesto a ayudaros en vuestras indagaciones.

GUSTAVO Gracias, señor Blanchet. ¿Conque quedamos en que mañana por la tarde saldré para Joinville?...

BLANCHET Sí.

GUSTAVO Y por la noche estaré aquí de vuelta.

BLANCHET Eso es.

GUSTAVO ¿Tenéis que darme alguna nueva orden?

BLANCHET No, ninguna.

GUSTAVO Hasta mañana, señor Blanchet.

BLANCHET Hasta mañana. (Vase Gustavo por el foro derecha.)

ESCENA VII

BLANCHET y JORGE.

(Momentos de expresivo silencio. Blanchet, apoyado en la mesa, dirige a Jorge una expresiva mirada de inteligencia.)

BLANCHET ¡ Jorge, ya lo has oído !

JORGE ¡ Ese joven !... (Acercándose a él y con mucho misterio.)

BLANCHET ¡ Silencio !... ¡ Todo lo comprendo ! ¡ Ese joven le ha arrojado la fatalidad en medio de mi camino ! ¡ Ese joven es la formidable barrera que se alza delante de mí !

JORGE ¡ Si llega a encontrar a Marta !

BLCNCHET ¡ Oh !... (Queda pensativo; Jorge lo contempla silenciosamente; de pronto se vuelve Blanchet hacia él y le dice misteriosamente, pero con firme resolución:) ¡ Jorge !... ¡ Veinte... treinta... cuarenta mil francos si... !

JORGE Basta : acepto.

BLANCHET ¡ Mañana mismo !... (Viendo que su hija viene por el jardín.) ¡ Oh !... ¡ calla !... ¡ mi hija se acerca !... Sígueme a ese gabinete. (Vanse por la puerta derecha.)

ESCENA VIII

AMELIA por el foro izquierda; después un CRIADO por el foro derecha y luego MARGARITA por la misma puerta del foro.

(Amelia entra lentamente y un poco fatigada; queda apoyada en la butaca de la izquierda.)

AMELIA ¡ No sé qué extraño presentimiento me dice que ese hombre ha de ser funesto para mi padre !

CRIADO Señorita. (Saliendo.)

AMELIA ¿ Qué hay?

CRIADO La modista espera en la antesala.

AMELIA Acompañadla aquí. (Vase el criado.) He pa-

seado mucho por el jardín y no estoy ahora para subir a mi gabinete. (Animándose.) ¡ Siento renacer una nueva vida en todo mi ser ! ¡ Esta fatiga... que siento en estos momentos... es la agitación natural que su presencia me ha causado !

MARGARI. (Saliendo por el foro derecha con un traje envuelto en un pañuelo de seda.) Señorita... un criado me ha dicho...

AMELIA Sí ; estoy un poco fatigada y no me he atrevido a subir ahora a mi gabinete. ¿Traéis el traje?

MARGARI. Aquí está ya concluído, señorita.

AMELIA Bien, dejadlo ahí ; la prueba de ayer fué muy detenida y estoy segura de que estará bien.

MARGARI. Creo lo mismo ; sin embargo, volveré después si queréis.

AMELIA No ; no hay necesidad ; si acaso ya avisaría.

MARGARI. (Con cariño.) ¿No os encontráis hoy mejor, señorita?

AMELIA ¡ Oh... sí ! ¡ mucho mejor ! ¡ Estoy ya casi buena ! Nunca me he sentido tan bien como hoy.

MARGARI. Mucho celebro...

AMELIA Gracias, Margarita ; digo... ¿creo que ese es vuestro nombre?

MARGARI. Sí, señorita.

AMELIA Acercaos ; tengo que daros una noticia muy agradable, para que se la comuniquéis a la señora de Derville.

MARGARI. ¿Una noticia?

AMELIA Que creo que a vos también os agradará.

MARGARI. ¿A mí?

AMELIA Se trata de Gustavo Dermont...

MARGARI. (Con marcado interés.) ¡ Ah !... ¡ pues entonces... sí, señorita, sí !... ¡ Tenéis mucha razón ! ¡ No ha de interesarme lo que sea en beneficio suyo !

AMELIA Pues bien : decid a la señora de Derville,

que Gustavo ha obtenido de mi padre el cargo que tanto deseaba desempeñar.

MARGARI. ¡ Ah... señorita ! ¡ gracias ! ¡ muchas gracias !... (Con expresiva alegría.)

AMELIA ¿ Tanto os interesa?

MARGARI. ¡ Mucho ! ¡ La bondad de vuestro padre será nuestra felicidad !

AMELIA ¿ Qué queréis decir? (Con extrañeza.)

MARGARI. Perdonadme, señorita ; pero... no sé si debo...

AMELIA Hablad.

MARGARI. Pues bien ; ¿ cómo queréis que oculte en mi corazón la alegría que vuestras palabras me han causado?... Gustavo...

AMELIA ¿ Qué?

MARGARI. ¡ Gustavo es mi prometido !

AMELIA ¿ Vuestro prometido? (Con viva sorpresa.)

MARGARI. Sí, señorita ; hace más de dos años que nos amamos y...

AMELIA ¡ Eso no puede ser ! (Con celosa exaltación.)

MARGARI. ¡ Eh ! (Sorprendida.)

AMELIA (Mirándola con altivo desprecio.) Rebajarse Gustavo hasta el extremo...

MARGARI. ¡ Señorita ! (Con dignidad.)

AMELIA ¡ Deliráis, sin duda ! Una pobre costurera...

MARGARI. Pobre costurera soy, en efecto, señorita ; no poseo más bienes ni más títulos que los que me proporcionan mi profesión y mi honradez ; pero en tanto los aprecio, que ni tengo porque avergonzarme de mi trabajo, ni porque rebajar a nadie con mi cariño.

AMELIA (Con imponente autoridad.) ¡ Oh, salid !... ¡ Salid pronto de mi casa !...

MARGARI. (Con sentida pero dulce expresión.) ¡ Saldré, sí ; pero no creáis por eso que me retiro ofendida ni humillada ! ¡ Creedme : el estado de vuestra salud sólo me inspira respeto ; os compadezco, señorita !

AMELIA ¿ Os atrevéis a insultarme? (Esforzándose por contener su agitación.)

MARGARI. ¡ Bien sabe Dios que no es esa mi intención !

AMELIA ¡ Salid pronto ! ¡ No me obliguéis a llamar a mis criados !

MARGARI. No hay necesidad de que molestéis a nadie ; adiós, señorita. (Vase por el foro derecha.)

ESCENA IX

AMELIA, después el CRIADO por el foro derecha.

AMELIA (Muy agitada y apoyándose en el velador.) ¡ Oh !... ¡ Gustavo... su prometido ! ¡ Esa mujer no sabe lo que ha dicho !... ¡ Su pretensión sería una locura ! ¡ un delirio ! ¡ Pronto lo sabré ! (Toca el timbre que estará sobre el velador.)

CRIADO (Saliendo.) ¿ Llamabais, señorita?

AMELIA Que enganchen inmediatamente mi carruaje. (Vase el criado por el foro derecha.) La señora de Derville proteje a esa joven. ¡ Ella debe saberlo todo ! ¡ Yo lo sabré también ! (Vase muy agitada por la puerta de la izquierda.)

ESCENA X

BLANCHET y JORGE, por la puerta de la derecha.

(Blanchet, seguido de Jorge, aparece muy preocupado, y después de observar que están solos le dice con mucho misterio :)

BLANCHET Mañana por la tarde...

JORGE Estará el coche aquí ; eso corre de mi cuenta. (Con siniestra intención. Blanchet saca del cajón de la mesa un fajo de billetes de banco que entrega a Jorge. Este los mira con avara satisfacción. Saluda a Blanchet, haciéndole señas de que confíe en él, etc., etc., y sale por el foro derecha. Blanchet se deja caer en el sillón, dominado por su pensamiento.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

LA REVELACIÓN

La escena representa una plaza de París que termina en el fondo con otras calles. En primer término derecha, una casa sobre cuya puerta de entrada se lee: «Panadería». A la izquierda y en el mismo término, la fachada de otra casa con puerta practicable, que conduce a la habitación de Margarita. Fuente, bancos y un jardinillo a la inglesa en el centro de la plaza.

ESCENA PRIMERA

TOMÁS en la puerta de la panadería; JULIANA, GREGORIA y otras varias CRIADAS y TRANSEUNTES atraviesan la plaza; algunos se detienen y forman grupos; otras salen y entran en la panadería; después PERRIN por la derecha. — (Procúrese no abandonar la animación de este cuadro, aunque no con demasiada aglomeración de gente después de las primeras escenas.)

TOMÁS (A Gregoria, que se dirige a la panadería.) ¡ Pase la buena moza del barrio !

GREGORIA Por lo menos me paseo entre ellas. (Entra en la panadería.)

TOMÁS ¡ Y entre los buenos mozos también ! ¿ He dicho algo?

JULIANA ¡ Demasiado ! (Encarándose con él.) ¿ Estás de centinela en la puerta?

TOMÁS Como que tengo que pasar revista a las niñas bonitas, que tienen el buen gusto de venir a verme todos los días.

JULIANA Sí, ¿eh? ¡ vaya, hombre, me alegro mucho ! ¿ Y cómo está tu abuela?

TOMÁS Se murió ya hace muchos años.

JULIANA Ya se conoce. (Entra en la panadería.)

PERRIN (Saliendo por la derecha y acercándose.) Bu... bu... buenas tardes, Tomás.

TOMÁS ¡ Hola, señor Perrin !... ¡ Ya creíamos que os habíais muerto !

PERRIN Pu... pu... pues no me he muerto todavía.

TOMÁS ¡ Como ya no se os ve el pelo por aquí !...

PERRIN ¡ E... e... es verdad ; como vivimos ya tan lejos !...

TOMÁS ¿ Y qué buenos aires os traen por acá?

PERRIN Mi... mi... mi coche que se le ha roto u... u... (Dando vueltas con las manos.)

TOMÁS ¿ Una rueda?

PERRIN E... e... eso es ; y como el taller está ahí a... a... (Marcando la calle de la derecha.)

TOMÁS ¿ A la vuelta?

PERRIN Mi... mi... mientras lo componen, dije : vo... voy a ver a Tomás.

TOMÁS Muchas gracias, señor Perrin.

PERRIN ¿ Y... y... y cómo os va en el nuevo oficio?

TOMÁS Muy bien ; lo que es pan no me falta.

PERRIN Ni... ni... ni tortas tampoco.

TOMÁS ¡ Ja, ja !... ¡ lo que yo dije !... ¡ Para ser cochero se necesita, o estar como vos, en una buena casa, o ser dueño del carruaje que se alquila, y como yo no me encontraba en ninguno de esos casos, me acordé de que mi tía tenía este establecimiento y dije : panadero seré... y panadero soy !

PERRIN Pa... pa...

TOMÁS ¡ Panadero, sí !

PERRIN ¡ No... no... no es eso !

TOMÁS ¿ Cómo que no?

PERRIN Que... que... que no es eso lo que quiero decir.

TOMÁS ¡Ah! ¡ya!

PERRIN Digo que pa... pa...

TOMÁS ¿Para qué?

PERRIN (Incomodándose.) ¡No... no... no me interrumpáis, sino no acabaré nunca!

TOMÁS Es verdad.

PERRIN De... de... decía que pa... pa... para pasar por lo que los cocheros pasan, mejor es hacer ro... ro... roscas aquí. (Vuelven de la panadería Juliana y Gregoria, formando, con otras criadas, un grupo al rededor de ellos.)

TOMÁS ¡Pues ya lo creo que sí! Y que, como veis, tampoco faltan por este barrio muchachas bonitas. ¿No es verdad, Julianilla?

JULIANA ¡Cuando tú lo dices!

PERRIN ¡Ya... ya... ya lo creo que son bonitas!

JULIANA (¡Ay, Gregoria, y qué lengua más estropajosa tiene este cochero!)

GREGORIA (¡Le darían a su madre algún susto!)

TOMÁS Todavía al ver un cuerpo bueno le bailan los ojos al señor Perrin.

PERRIN ¡A... a... a mí no me baila ya nada!

TODOS ¡Ja, ja, ja!...

PERRIN (Fijándose en una de ellas.) Y... y... y no es porque no me guste el pan blanco. (Volviéndose hacia otra.) Y... y... y el moreno también.

TOMÁS ¡Pues claro! ¿A quién no le gusta lo bueno? Pero ya al señor Perrin no le queda más que el compás, como a los músicos viejos.

PERRIN Cu... cu... cuando la chispa salta mejor prende en lo seco que en lo verde.

TODOS ¡Ja, ja, ja!...

JULIANA ¡Y que tiene mucha razón el señor! ¡De muchos sé yo que se la echan de plancheta y toda la fuerza se les va por la boca! (Mirando con intención á Tomás.)

GREGORIA ¡Mucho hay de eso!

JULIANA Y como el señor, a lo que parece, habrá hablado siempre poco, pero bueno, lo que

le haya faltado de palabras... pues... etcétera.

PERRIN ¡Y... sin etcétera también!

TOMÁS ¡Anda, anda, señor Perrin!... ¡Cuánto apostamos a que si estáis aquí mucho tiempo, os van a hacer el amor todas las muchachas del barrio!

PERRIN Mu... mucho amor sería ya ese para mí.

JULIANA ¡Pues ni que el señor fuera turco!... ¡como otros que yo conozco, que parecen mariposones de parque nuevo!

PERRIN ¡Chú... chúpate esa, Tomás!

TOMÁS ¡No, lo que es palique no les faltará; mujer y no tener la lengua más suelta que una campanilla!...

PERRIN ¡De... de todo ha de haber en el mundo!

JULIANA ¡Mira tú quién lo dice, cuando es capaz él solo de hablar más que veinte oficiales de barbero!

TOMÁS (Viendo a un vendedor que atraviesa la plaza con un canastillo de juguetes, caballos de cartón, etc.) Señor Perrin, ¿por qué no compráis un caballito de esos para engancharle a vuestro carruaje?

PERRIN U... u... uno como ese tiene mi amo en casa.

TOMÁS ¿Un caballito de cartón? ¡Vaya un capricho!

PERRIN E... e... es un recuerdo que conserva de cuando era niño mi señorito Gustavo.

TOMÁS ¡Ah, ya!

PERRIN Co... co... conque voy a ver si está ya el coche compuesto y...

TOMÁS Pero antes de marcharos volveréis por aquí; justo es que echemos juntos un par de copitas.

PERRIN U... u... un par de copitas, ¡eh!

TOMÁS ¡Claro que sí!... Os esperaré aquí a la vuelta, en casa del Romo.

PERRIN ¡Va... va... vaya por el Romo! ¡Ha... hasta luego, Tomás; hasta más ver... cuerpos sandungueros! (Vase por la derecha.)

TOMÁS (Volviéndose y mirando hacia el interior de la calle del fondo izquierda.) ¡ Hola ! ¡ ya viene por la calle abajo con el carretón del pan, mamá Nicol !

GREGORIA ¡ Mamá Nicol ! ¿ Y quién es mamá Nicol?

JULIANA La que reparte el pan de esta panadería en todo el barrio.

GREGORIA ¡ Ah, ya ! No sabía que se llamase así.

TOMÁS Su nombre es Nicolasa Ferrier, pero de Nicolasa hemos sacado Nicol y todos la conocemos ya con ese nombre.

GREGORIA ¿ No es la que fué atropellada por un carruaje en la esquina de la plaza?

JULIANA Sí ; la misma.

TOMÁS No, no ; os equivocáis : ella no fué atropellada por el carruaje ; al contrario, ella fué la que le detuvo, sacando de entre los pies del caballo a la joven costurera que vive en esa casa de enfrente. ¡ Valor y arrojo como el suyo no lo he visto en mi vida !

GREGORIA ¡ Bien puede decir que esa mujer le salvó la vida !

TOMÁS ¡ Y tanto como lo dice !

JULIANA ¡ Motivo tiene para estarle agradecida !

TOMÁS ¡ Como que se ha empeñado en que venga a vivir con ella !

GREGORIA ¡ Y ha hecho muy bien !

JULIANA ¿ Tan pobre era esa mujer?

TOMÁS Muy pobre. Vivía, según dicen, en una miserable buhardilla de aquí al lado, y que quieras que no, la trajo a su casa, y ahí viven juntitas, queriéndose ya como si fueran hija y madre.

JULIANA El caso no es para menos.

TOMÁS Pero como esa buena mujer es tan trabajadora, no quería ser gravosa a esa pobre joven, que sólo vive de su costura ; habló a mi tía, que se interesó también por ella y hasta que encuentre mejor colocación, lleva el pan a las casas, y de ese modo se gana también su jornal.

JULIANA ¡ Pobre mujer !

TOMÁS ¡ Ya está aquí ! (Aparece Marta conduciendo el carretón del pan por el foro izquierda; todos le abren paso y avanza con el carretón hasta primer término derecha.)

JULIANA ¡ Parece que viene muy cansada !

ESCENA II

Dichos y MARTA.

TOMÁS ¡ Buenas tardes, mamá Nicol ! (Acercándose.)

MARTA Buenas tardes, Tomás.

TOMÁS ¿ Venís muy fatigada?

MARTA Un poco, hijo mío ; hoy el reparto ha sido bastante penoso. (Sentándose en el borde del carretón y limpiándose el sudor de la frente con el delantal; todos la rodean con afectuosa compasión.)

TOMÁS ¡ Ya lo creo ! como que habéis hecho la faena doble ; pero mañana volverá vuestra compañera y partiréis el trabajo.

MARTA Como son tantas las calles que hay que recorrer...

TOMÁS Ya distribuiré yo luego con mi tía el reparto de mañana, para que no trabajéis tanto.

MARTA Bien ; como dispongáis.

TOMÁS ¡ Ya sabéis que todo lo que yo pueda hacer por mamá Nicol !...

MARTA ¡ Gracias, muchas gracias, Tomás ; yo os lo agradezco con toda mi alma ! ¿Está dentro vuestra tía?

TOMÁS Sí, señora ; está despachando en el mostrador.

MARTA Voy a entrar el carretón y a entregarle la cuenta. (Levantándose.)

TOMÁS La llave de vuestra habitación está colgada en su sitio.

MARTA ¿ No ha venido todavía Margarita?

TOMÁS No, señora.

MARTA Salgo en seguida. (Entra con el carretón por la puerta de la panadería.)

JULIANA — Tiene cara de ser muy buena esa pobre mujer.

TOMÁS — ¡ Que si lo es !... ¡ No hay más que hablarla una sola vez para quererla siempre !

GREGORIA — Pero es demasiado trabajo ese para una mujer.

TOMÁS — Hoy ha sido un día extraordinario, porque como la otra repartidora se ha puesto mala...

GREGORIA — De todos modos yo creo que esa faena es más propia de hombres que de mujeres.

JULIANA — ¡ Ya ! pero como los hombres se van haciendo cada día más haraganes...

TOMÁS — Gracias, por la parte que me toca.

GREGORIA — ¡ Y más picaronazos !... (Retirándose.)

JULIANA — ¡ Y más !...

TOMÁS — ¡ Ea !... basta de palique, muchachas ; que cuando lleguéis a casa, vais a llevar el pan duro ! (Vanse por distintos lados, disputando con Tomás, que vuelve después á primer término.)

ESCENA III

TOMÁS, después MARTA por la puerta de la panadería ; CRIADAS. TRANSEUNTES, etc., etc.

TOMÁS — ¡ Cuando digo que esta Julianilla me va a mí dando ya muchos quebraderos de cabeza !... (Se dirige a la puerta de la panadería.)

MARTA — (Saliendo.) Dispensadme, Tomás, si os detengo un momento ; deseo haceros una pregunta.

TOMÁS — Una y mil, mamá Nicol.

MARTA — ¿ Creo haberos oído decir esta mañana que sois de la aldea de Joinville.

TOMÁS — Y así es la verdad.

MARTA — ¿ Podríais decirme si habéis conocido allí a una señora llamada Antonia Larouse?

TOMÁS — ¿ Qué era hermana del cura de Alfort?

MARTA — Precisamente. (Con creciente interés.)

TOMÁS — Una señora muy buena y muy caritativa y muy...

MARTA — Sí, en efecto.

TOMÁS — ¡ Pues no he de haberla conocido !... Pero si mal no recuerdo murió hace ya muchos años.

MARTA — (Con triste expresión.) Esas son las noticias que yo tengo también.

TOMÁS — ¿ Sois tal vez de Alfort?

MARTA — No, pero... he pasado por esa aldea hace unos días, y allí supe que ese anciano sacerdote había muerto hace más de quince años y que su hermana se había trasladado a Joinville, donde tenía una pequeña hacienda que había heredado de un pariente suyo.

TOMÁS — Pues os han enterado perfectamente.

MARTA — (Con temerosa ansiedad.) ¿ Y no podríais decirme... si ha quedado en esa aldea... alguna persona de esa familia?

TOMÁS — Creo que no ; esa señora vivía sola y no tenía ningún pariente ; lo único que recuerdo es que había recogido una niña...

MARTA — (¡ Oh !) (Reprimiendo su emoción.)

TOMÁS — ¡ Que se llamaba... se llamaba... vamos, que no me acuerdo !

MARTA — ¿ No recordáis? (Luchando con su ansiedad.)

TOMÁS — ¡ No ; como tengo esta cabeza de chorlito !... ¡ Nada !... ¡ Que no doy con el nombre !...

MARTA — ¡ Ah ! (Como asaltada por una idea y volviéndose hacia la derecha.)

TOMÁS — ¿ Qué?

MARTA — ¡ No, nada... nada ! ¡ Creí que venía Margarita !... (Marcando mucho este nombre.)

TOMÁS — ¿ Margarita?... ¡ Ah ! ... ¡ Así... así se llamaba también esa niña !

MARTA — (Esforzándose por dominar su emoción.) (¡ Dios mío ! ¡ Ella ! ¡ Mi hija !)

TOMÁS — ¡ Sí, sí ; eso es ! ¡ No tengo la menor duda ! (Notando la excitación de Marta.) Pero, ¿ qué tenéis? ¡ Os habéis puesto pálida !

MARTA ¡El trabajo!... ¡La fatiga de hoy!... ¡Pero no es nada!... ¡nada... ya pasó!...

TOMÁS ¡Caramba! ¡me habíais asustado!

MARTA ¡Qué tontería! ¿por qué? ¡No os digo que no es nada!

TOMÁS ¡Vaya, más vale así! (Breve pausa.)

MARTA (Esforzándose por aparecer serena.) ¿De modo... que cuando murió esa señora... esa niña?...

TOMÁS No sé más: como yo salí de la aldea siendo aún muy joven, no sé lo que habrá pasado después.

MARTA (¡Oh!) (Con reprimido dolor.)

TOMÁS Pero si tenéis interés en saber algo de esa familia, nadie mejor que la tía Remedios puede enteraros de todo.

MARTA ¿Y quién es esa mujer? (Con vivo interés.)

TOMÁS Una viejecita muy acartonada y muy tiesa todavía, que vive en una casita muy pobre que está a la entrada del pueblo. Ella sabe la vida y milagros de todos los de la aldea, y lo que esa mujer no os diga no se lo preguntéis a nadie.

MARTA Muchas gracias, Tomás; os agradezco... (Retirándose lentamente.)

TOMÁS ¡Qué!... ¿Os retiráis ya a descansar?

MARTA Sí; Margarita volverá ya pronto y no quiero hacerla esperar. (Se dirige hacia la izquierda.)

TOMÁS Conque ya sabéis, yo arreglaré el reparto de mañana.

MARTA Bien; buenas tardes, Tomás.

TOMÁS Buenas tardes, mamá Nicol. ¡Y el señor Perrín que ya estará esperándome en casa del Romo! (Mirando hacia la derecha.) Sí; allí le veo en la puerta; ¡allá voy, señor Perrín, allá voy! (Vase por la derecha.)

ESCENA IV

MARTA que se habrá detenido cerca de la puerta de la izquierda; después MARGARITA por la derecha de la calle; últimamente GUSTAVO y detrás VANNER, disfrazado de mendigo, por el mismo lado: TRANSEUNTES, etc., etc.

MARTA ¡No me he atrevido a preguntarle más! ¡Todas mis investigaciones para buscar a mi hija debo hacerlas con la mayor prudencia! ¡El nombre supuesto que llevo no puedo acreditarlo; no tengo documento alguno para mi seguridad, y la policía aun sigue mis pasos; debo vivir en la mayor obscuridad para todos! ¡De lo contrario me descubrirían; volvería a mi prisión y este nuevo golpe acabaría con esta horrible vida que arrastro hace tantos años! ¡No!... ¡no... debo callar! ¡debo ocultarme entre las sombras de mi propio dolor!... (Breve pausa. Luchando con su idea fija.) ¡Pero esta inacción me mataría también! ¡Yo debo indagar... descubrir si mi hija vive! ¡dónde está! ¡dónde se encuentra para... para contemplarla siquiera desde lejos! ¡para que a lo menos su presencia reanime los últimos días de mi existencia miserable! (Reanimándose. Después de una breve pausa.) Sí, sí; es preciso; mañana mismo iré a Joinville; esa pobre anciana que Tomás me ha dicho podrá darme noticias de mi hija; procuraré que nadie más que ella me vea y Dios me inspirará para no hacerme sospechosa a sus ojos. (Con resolución.) ¡Todo... todo por mi hija! ¡Estoy decidida! Mañana iré a Joinville. (Viendo salir a Margarita.) (¡Ah! ¡Margarita!... ¡Serenidad!)

MARGARI. ¡Mamá Nicol! (Acercándose abatida.)

MARTA ¿Qué es eso? ¡Venís muy alterada! ¿Habéis tenido algún disgusto en el taller?

MARGARI. ¡ He sido cruelmente arrojada de casa del señor Blanchet !

MARTA ¿Del señor Blanchet?

MARGARI. Sí ; del protector de Gustavo, a quien acaba de conceder el empleo que solicitaba.

MARTA ¿Y qué motivos tiene ese señor?...

MARGARI. No ha sido él ; ha sido su hija.

MARTA ¿Su hija?

MARGARI. ¡ Sí, su hija, que se opone a nuestro cariño, rebajando mi humilde posición ; su hija que me ha manifestado, con altivo desprecio, que no soy digna del amor de Gustavo ! (Llorando.)

MARTA ¡ Que no sois digna de él ! ¡ Pero eso es una infamia, hija mía !

MARGARI. ¡ Su hija, en fin, que le ama, y trata de separarle de mi lado !

MARTA ¡ Eso es imposible ! Ese joven os quiere demasiado para que otra mujer pueda arrebataros su cariño.

MARGARI. ¡ Dudarlo tan solo sería ofenderle ! lo comprendo, pero...

MARTA Tal vez lo que creéis en ella un vivo afecto no sea más que un capricho pasajero sin fundamento alguno. Dominad vuestra celosa exaltación y no penséis más que en su amor, que llena por completo su corazón.

MARGARI. (Procurando desechar sus temores.) Sí, sí, tenéis razón ; imaginad tan sólo que pueda faltarme su cariño, sería, como digo, una ofensa !

MARTA Sí, hija mía, sí.

MARGARI. A veces... no se puede remediar, que.. ¡ Como le amo tanto !... No es extraño ; una misma desgracia pesa sobre nosotros, y uno mismo es el puro sentimiento que nos une.

MARTA ¿Una desgracia?

MARGARI. Sí ; Gustavo quedó huérfano siendo muy niño, y yo...

MARTA ¿Qué? (Con creciente interés.)

MARGARI. Huérfana quedé también en mis primeros años.

MARTA ¿Huérfana? (Con ansiedad.)

MARGARI. Sí; mis padres eran unos pobres aldeanos de Creteil, y a su muerte me recogió una buena señora que ha sido para mí una verdadera madre.

MARTA ¿De Creteil?... (Con sentida expresión, viendo desvanecidas sus sospechas.)

MARGARI. Así me lo decía siempre que yo le preguntaba por mis padres. (Queda pensativa.)

MARTA (Contemplándola con cariñoso sentimiento.) (¡Ah! ¡Y yo... porque se llamaba como mi Margarita, había un momento sospechado!... (Reponiéndose.) ¡Una madre que pierde a su hija, en todas partes la ve! ¡en todas partes cree encontrarla!...)

MARGARI. (Pensativa.) ¡No puedo desechar esta idea! ¡Si Gustavo perdiese por mi causa su posición, su porvenir tal vez!...

MARTA Repito que avanzáis demasiado, y no dudo que si él se enterase...

MARGARI. (Con rapidez.) ¡Oh! ¡no, no! ¡yo os lo ruego! ¡Que nada sepa de lo que me ha pasado en esa casa; renunciaría tal vez a volver a ella y todo... todo lo perdería por mí!

MARTA Nada tendría de extraño que así fuese; os ama tanto, que por no causaros el más pequeño disgusto...

MARGARI. Lo sé, lo sé perfectamente, y por eso no debemos decirle nada.

MARTA Sí, hija mía, sí; es lo mejor: yo estoy segura de que todo eso se desvanecerá como un sueño. Nada se impone a nuestro corazón, y el suyo os pertenece por completo.

MARGARI. Dos años hace que nos conocemos, y sin embargo, parece que toda mi vida ha existido su cariño en mi corazón. Míos son sus sufrimientos y alegrías, como mío es también el profundo dolor que entristece su

vida, por el horrible crimen de la muerte de su honrado padre.

MARTA ¿Un crimen decís? (Con extrañeza.)

MARGARI. Sí; un crimen que aun permanece para él envuelto entre las sombras del misterio. Su padre, ingeniero mecánico, poseía una fábrica en los alrededores de Alfortville.

MARTA ¡Su padre! ¡El señor Dermont!... (Vivamente impresionada.)

MARGARI. ¡Qué! ¿Le habéis conocido tal vez?

MARTA (Sobresaltada y luego dominándose.) ¡No, no! ¡Yo no! ¡yo no!... Es decir... sí: he oído referir... que una noche... en un incendio...

MARGARI. Sí.

MARTA ¿Y decís que ese joven?...

MARGARI. Es su hijo.

MARTA (Con reprimida expresión.) ¡Su hijo!... ¡el hijo de!... ¡pero... sí! ¡eso es!... ¡eso es!... ya voy recordando; su padre...

MARGARI. Murió aquella noche, vilmente asesinado en su escritorio por la portera de la fábrica.

MARTA ¡Oh! ¡No!... (Comprimiendo rápidamente este grito espantoso y haciendo un violento esfuerzo para disimular, dominando su situación.) ¡No... no es posible... no es posible oir eso sin estremecerse!...

MARGARI. ¿No es verdad que es horrible?

MARTA ¡Sí!... ¡sí!... ¡horrible!... ¡muy horrible, hija mía!

MARGARI. ¡Ah! ¡El es! (Viendo salir a Gustavo por la derecha.)

ESCENA V

Dichas, GUSTAVO por la derecha; detrás VANNER (que se coloca a pedir limosna cerca de la puerta de la panadería)

MARTA (¡Su hijo!... ¡su hijo!... ¡Dios mío, dame fuerzas para resistir serena su presencia!)

GUSTAVO (Acercándose con Margarita a Marta.) ¡ Buenas noticias, mamá Nicol, buenas noticias ! ¡ Al fin he sido nombrado jefe de la sección de planos de la fábrica del señor Blanchet !

MARTA ¡ Ah ! ¡ Cuánto celebro !... (Dominándose por disimular su situación.)

GUSTAVO ¿ Pero qué es eso? ¿ No me dais un abrazo?

MARTA ¡ Yo ! (Echándose en sus brazos con cariñosa expresión de sentimiento.) ¡ Hijo mío !...

GUSTAVO ¡ Sí, sí ; eso es ! ¡ Llamadme vuestro hijo ! Ya sabéis que nosotros os queremos como a una madre. Habéis salvado a mi Margarita de un inminente peligro y, ¿ cómo es posible que yo pudiera olvidarlo?

MARGARI. ¡ Gustavo ! (Con mucho cariño.)

GUSTAVO (A Margarita cambiando de entonación.) Conque ya lo sabes : desde mañana, vida nueva.

MARGARI. Pero...

GUSTAVO ¡ Nada, nada ! Estoy seguro que mamá Nicol aprobará mi plan. Se trata de dejar esta casa, que está a una legua de distancia de la del señor Blanchet y de donde yo vivo ; de manera que no puedo venir aquí con tanta frecuencia como yo deseo, y ahora es preciso que nos veamos a todas horas... para disponer los preparativos de nuestro próximo enlace.

MARGARI. ¡ Oh ! (Con cariñoso rubor.)

GUSTAVO ¿ No es verdad que tengo mucha razón, mamá Nicol?

MARTA Ciertamente que sí. (Recobrando algún tanto su serenidad.)

GUSTAVO (Sacando un papel y entregándoselo a Margarita.) He aquí el recibo de vuestra nueva habitación.

MARGARI. Es decir...

GUSTAVO Que desde hoy corre ya por nuestra cuenta.

MARGARI. Bien ; sea como tú quieras ; pero debo advertirte sin embargo...

GUSTAVO ¿Qué?

MARGARI. Que somos muy egoístas, Gustavo.

GUSTAVO ¿Egoístas?

MARGARI. Si esta casa está tan lejos para venir hasta aquí, no creo que se acorte la distancia para ir hasta allá.

GUSTAVO Ciertamente que no, pero como ya nada tenemos que hacer por estos barrios...

MARGARI. ¿Y mamá Nicol? ¿Olvidas que es repartidora de la panadería de ahí enfrente?

MARTA ¡Ah! ¡no, hija mía, no! ¡Por mí no paséis cuidado alguno! Yo estoy todavía fuerte y...

GUSTAVO Celebro con toda mi alma el cariñoso cuidado que tanto te inspira quien tanto merece, pero yo tampoco lo he olvidado: mamá Nicol no volverá más a ocuparse de su carretón.

MARTA No, no, hijo mío; yo puedo trabajar y...

MARGARI. ¡Sí, Gustavo, sí! ¡Ayúdame a convencerla!

MARTA ¡Yo no debo consentir!...

MARGARI. Los dos trabajaremos para ella.

MARTA No, hija mía, no.

GUSTAVO ¡Nada, nada!... este asunto está ya terminado.

MARTA ¡Pero si yo!...

GUSTAVO ¿Pensáis, acaso, que nada tendréis que hacer al lado de Margarita? ¿Que los preparativos de nuestra próxima unión no han de ocuparos lo bastante para contribuir a labrar nuestra felicidad?

MARTA ¡Eso sí!... ¡Siempre, siempre! ¡Disponed de mí como gustéis; ocupada en vuestro servicio todo me parecerá poco para complaceros!

MARGARI. ¡Qué buena sois! (Abrazándola.)

GUSTAVO Una vez que ya estamos todos de acuerdo, desearía que mañana mismo quedaseis instaladas en la nueva habitación; yo tengo que ir por la tarde a la fábrica, pero volveré por la noche, y como a mi regreso

he de ir a casa del señor Blanchet, estando allí tan cerca podríamos vernos después a última hora y celebrar... en familia, la toma de posesión de mi nuevo cargo.

MARGARI. Bien ; como tú quieras, Gustavo. ¿Y dices que esa casa está muy cerca de la del señor Blanchet?

GUSTAVO Tan cerca, que desde el mirador de su terrado se puede fácilmente pasar a la ventana de una de las habitaciones de ese piso ; sólo le separa un pequeño tejadillo de la casa inmediata. Conque volveré mañana temprano.

MARGARI. ¿Te retiras ya?

GUSTAVO Sí ; quiero terminar hoy unos trabajos, para poder estar mañana libre hasta la hora de ir a la fábrica.

MARGARI. ¿Pero por la noche?...

GUSTAVO Nos veremos allí... para celebrar, como te he dicho, mi nuevo cargo. Adiós, Margarita, adiós.

MARGARI. Adiós, Gustavo.

GUSTAVO ¡ Mamá Nicol !... ¡ otro abrazo ! ¿Pero, que es eso?... ¿Lloráis?

MARTA ¡ De alegría, hijo míos, de alegría, al veros tan felices ! (Entran Marta y Margarita en la casa. Gustavo atraviesa la plaza de izquierda a derecha ; se detiene un momento para dar limosna al mendigo y desaparece por este lado ; un momento antes, Jorge aparece por el foro izquierda de la plaza, y después que se ha marchado Gustavo se acerca lentamente al mendigo.)

ESCENA VI

Dichos, JORGE y TRANSEUNTES

VANNER (A Jorge.) ¡ Una limosna por amor de Dios ! (Jorge se acerca, figura darle una limosna y al mismo tiempo le dice con mucho misterio :)

JORGE — ¿Le has seguido?

VANNER — Sí; ha estado en la puerta de esa casa de enfrente y ahora mismo acaba de marcharse.

JORGE — ¿Le has conocido bien?

VANNER — No se me despintará.

JORGE — ¿Has avisado?

VANNER — Todo está dispuesto.

JORGE — Bien; mañana en el puente de Joinville. (Vase por la derecha.)

VANNER — (A los transeuntes.) ¡Hermanitos... una limosna por amor de Dios!... (Algunos de los transeuntes le socorren.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

EN EL PUENTE DE JOINVILLE

Pintorcsca campiña en los alrededores de Joinville. En el fondo, un puente practicable sobre el Marne. En primer término derecha, una gran piedra que sirve de asiento, delante de unos matorrales.

ESCENA PRIMERA

COLÁS canta, dentro, una canción popular, figurando que la voz se va acercando gradualmente; después da algunas voces arreando a un borriquillo, en el cual aparece luego montado: atraviesa el puente de izquierda a derecha.

COLÁS (En el puente.) ¡ Arre, Periquillo, que ya estamos cerca ! (Desaparece por la derecha tarareando su canción. Dentro.) ¡ Sooo !... ¡ quieto te digo... basta de *ritozo!* ¡ Mira que *t'arrimo* un estacazo si no estás quedo ! (Aparece por el segundo término derecha, vuelto de espaldas, hablando hacia el interior. Saca una hacha de partir leña y una bota colgada del cinto.) ¡ Anda... anda, Periquillo ! ¡ Y qué merendona te vas a dar en ese *prao!*... ¡ Claro !... *¡ Pus* si está la yerba tan hermosa que está diciendo : comedme ! (Volviéndose hacia el público.) ¡ Y *aluego* dirán que los animales no tienen fortuna ! ¡ Allí está a diente *regalao* come

que te come, *tan* y *mientras* que yo estaré trabajando en el bosque corta que te corta ! *Verdá* es que luego tiene que llevarnos hasta el pueblo a mí y a la leña ; ¡ pero, como ha *e* ser ! *¡pa* eso es burro ! ¡ que aquí *toos* los animales trabajamos ! porque como *ice* el *rifran:* « ¡ En esta tierra cuca, el que no trabaja no manduca ! » (Se sienta en el suelo y bebe.) ¡ Ejeé !... pero, ¡ qué *güeno* es esto, hombre, qué *güeno* es esto ! (Echa otro trago.) ¡ Prss !... ¡ No hay hijo mejor *criao* en *too* el mundo que el de la cepa ! Y aunque a veces *mus* hace algunas *partías* serranas... ¡ Je... je !... (Contemplando la bota y echando otro trago), *too* se le *pue* perdonar... ¡ siquiera por el gustillo que *eja!* Mi *agüelo dicía* que el hombre hace la bota, ¡ je, je ! ¡ pero yo creo que la bota es la que hace al hombre ! (Sacando una pipa del bolsillo.) Ahora... echemos una pipa y a trabajar *en seguía,* que esta tarde me voy a llevar medio bosque de leña a mi casa. (Enciende la pipa.) ¡ Puf !... ¡ Si esto *paece* la chimenea de la *frábica* que han hecho ahí al *lao* del río !... ¡ Y qué gran *frábica* que es ! ¡ Qué movimiento tan *movío* y qué *ruío* por *toas* partes ! ¡ Una *ruea* que da *güeltas* por aquí... y otra por allá !... ¡ Y una que sube y otra que baja !... (Tropezando al hacer estos movimientos con la bota.) ¡ Je, je !... ¡ Lo que ha *dao* un bajón *rigular* ha *sío* mi bota !... ¡ Vaya, arriba Colás, que la tarde se echa encima y la leña no se parte sola ! (Se levanta y mira hacia la derecha, donde ha dejado su borriquillo.) ¡ Digo... digo... digo !... ¡ Si mi Periquillo se está dando mal atracón ! ¡ Si es más listo y mas *entendío!...* No le falta más que *dicir sí* y *no...* para ser lo que otros muchos que yo *conozgo...* ¡ Ea ! ¡ al avío ! (Coge el hacha y se dirige hacia la izquierda, pero al ver salir a Marta se detiene.)

ESCENA II

COLÁS y MARTA por la izquierda

MARTA (Saliendo.) ¿Podríais decirme si es éste el camino de la aldea de Joinville?

COLÁS ¡*Pus* si ya estáis en ella como quien dice! (Señalando hacia el primer término derecha.) No tenéis más que seguir por esa *verea,* y en dando la *güelta* a ese montecillo, toparéis con el pueblo *enseguía.*

MARTA Muchas gracias.

COLÁS ¿Venís *dende mu* lejos?

MARTA No; desde París; pero creyendo acortar el camino, me he extraviado en el bosque. y llevo andando más de tres horas.

COLÁS ¡Anda... anda! ¡*Pus* no habéis *dao* mal *rodeo!* ¡Por eso venís tan *cansá!*

MARTA Sí, bastante. (Sentándose en las piedras.)

COLÁS ¿Queréis echar un traguito? (Ofreciéndole la bota.)

MARTA Gracias.

COLÁS ¡No tengáis reparo, *güena* mujer, que yo cuando *ofrezgo* una cosa!... ¡Y que es de lo tinto!

MARTA Yo os lo agradezco mucho, pero...

COLÁS ¡*Güeno... güeno!...* ¡A mí no me gusta nunca ser *porra!* Yo *ofrezgo* y doy, y si me *icen* que no... callo y guardo... y tan amigos como *enantes.*

MARTA Repito que os agradezco...

COLÁS No hay de qué. (Guardando la bota.)

MARTA ¿Sois de Joinville?

COLÁS ¡*Dende* que nací!

MARTA Conoceréis entonces a una buena mujer, ya muy anciana, que vive en una casa a la entrada del pueblo y que se llama...

COLÁS ¿La tía *Rimedios?*

MARTA ¡Sí, eso es!

COLÁS ¡Digo... digo!... ¡*Pus* quien no conoce a la tía *Rimedios!* ¡Si es la más *viejecica*

del pueblo ! Y que bien *pue dicirse,* sin agraviar lo presente, que es *too* lo que se llama un *güena* mujer. Precisamente esta mañana, cuando yo y mi Periquillo salimos juntos de la aldea... ¿De juro que no sabéis tampoco quien es mi Periquillo?

MARTA No.

COLÁS ¡ Anda... anda... anda !... ¡ Ya se conoce que no habéis *vinío* nunca por aquí ! *¡ Pus* si es el borriquillo más listo y más *avispao* de *toos* los de la aldea !... ¡ Allí le tenéis, en ese *prao* que se está dando una *de acá* (Imitando la acción de comer), que no hay más que *pidir !*

MARTA ¿Y decís que esa buena mujer?...

COLÁS ¡ Ah ! sí ; ya se me olvidaba ; y eso que esta mañana la he visto más *tiesa* y *espetá* que muchacha en día de *boa:* por cierto que estábamos *yo y ella* junto a la fuente del caño, *tan* y *mientras* que bebía mi Periquillo, cuando llegó un señor *mu* mal *encarao* y *mu* serio, que debe ser amigote del amo de esa *frábica* que está allá abajo, porque yo le he visto algunas veces con él, y acercándose a nostros, empezamos a hablar, no *ricuerdo* por qué, de una niña que había *recogío* la *señá* Antonia Larouse, hermana del señor cura que fué de Alfort.

MARTA ¡ Eh !... ¿Una niña que recogió?... (Con viva emoción.)

COLÁS *¡ Pus* si la *señá* Antonia era más caritativa y más !... ¡ En fin, Dios la haya *perdonao,* aunque creo que no llevaría mucho en el saco de los *pecaos !*

MARTA ¿Es decir que esa anciana está enterada?...

COLÁS De *too;* como que ha *servío* muchos años en casa de esa señora y quería también a la chica como si fuera su hija.

MARTA ¡ Oh ! (Con expresiva satisfacción.)

COLÁS Ahora... lo que yo no sé es lo que la tía

Rimedios diría a ese señor, porque como mi Periquillo ya había *bebío too* lo que el cuerpo le *pidía,* yo me marché al bosque y allí se *quearon* los dos de conversación.

MARTA ¿Pero también habréis conocido a esa niña?...

COLÁS ¡Anda!... ¡anda!... ¡anda!... ¡*pus* ya lo creo que sí! ¡Muchas veces la he *subío* en mi Periquillo cuando la encontraba jugando por la *praera!*... ¡Porque, eso si, la muchacha se hacía querer de *too* el mundo!

MARTA ¿De todo el mundo, eh? (Con alegría.)

COLÁS ¡Y luego, como la chica era tan bonita!

MARTA ¡Sí! ¡sí, ya me figuro! ... ¿Conque decís que era?...

COLÁS ¡Como un día de sol!

MARTA (¡Hija de mi alma!) ¡Exageráis tal vez!... (Con expresiva expansión.)

COLÁS ¡Quiá! Preguntad a *toos* los de la aldea, y que le dé un berrinche a mi Periquillo si no os dicen *toos* lo *mesmo* que yo.

MARTA ¡Sí!... ¡sí!... ¡si lo creo!... ¡Pues no lo he de creer!...

COLÁS ¡Y más buena!... ¡Y más *trabajaora!*... ¡Como que la había *criao* la *señá* Antonia y la había *enseñao too* lo mejor... de *too* lo mejor!

MARTA (¡Ah!) ¡Es muy natural que al lado de esa señora tan buena!...

COLÁS ¡Y que tenía unas manos más primorosas! ¡Lo *mesmo* remendaba la chica un *vestío* viejo, que hacía unos *bordaos* y unas labores más *repulías!*... ¡Que lo diga sino la Virgen de los *Desamparaos,* que tiene un manto *bordao* por ella, con unos *ringorrangos* y unas flores... que huelen a rosas y claveles a cien pasos de distancia!

MARTA ¡Si os creo!... ¡sí!... ¡si os creo! no necesitáis esforzaros para demostrarme...

COLÁS ¡*Pus* ya se ve que no!

MARTA ¿Y esa niña vivirá todavía?

COLÁS No, señora. (Con pena.)

MARTA ¡Eh!... ¿qué decís? (Sobresaltada, reprimiendo un grito.)

COLÁS Que ya no vive en la aldea.

MARTA ¡Ah!... Ya... ya comprendo... (Reprimiendo su viva emoción.) Había creído que...

COLÁS (Sin darse cuenta de estas impresiones de Marta.) Como hace ya más de seis años que murió la *señá* Antonia, la niña, que ya contaba diez y siete primaveras, estaba, como digo, hecha una flor de mayo y no quiso *quearse* en el pueblo, aunque no la hubiera *faltao* una *güena* choza *aonde* estar.

MARTA ¿Es decir?...

COLÁS Que se marchó a París, y yo creo que hizo *mu* bien; porque en la aldea, *juerza* es confesarlo, nunca hubiera *sío* más que una pobre campesina, y con aquellas manos tan primorosas y aquel *sentío* que Dios... y la *señá* Antonia le habían *dao,* podía en París ganarse mejor la vida y hasta llegar a ser una gran señora, porque la *verdá* es que tenía rango *pa* eso y *pa* mucho más.

MARTA ¿Y fué en efecto a París?

COLÁS ¡Toma!... ¡toma!... ¡toma!... Y a poco tiempo, según *mus* dijo la tía *Rimedios,* era ya oficiala de una gran modista de esas que visten por *too* lo alto, y...

MARTA ¿Pero alguna noticia tendréis de ella?

COLÁS ¡Anda!... ¡anda!... ¡anda!... *Pus* si la tía *Rimedios* siempre que tiene que ir a París se va derecha a su casa como una vela!

MARTA ¡Ah! pues entonces... sabrá bien las señas de su casa, y estoy segura que a vos mismo os habrá dicho...

COLÁS ¡Digo!... ¡digo!... ¡digo!... ¡Más de mil veces me las ha *repetío*... pero yo, como tengo la cabeza tan *reonda, enseguía* las olvido.

MARTA ¿No... no recordáis? (Insistiendo en su natural deseo de saberlas.)

COLÁS ¿Y *pa* qué? Si yo tuviese que ir allá se lo preguntaría a la tía *Rimedios* y haría que el sacristán, que entiende mucho de letra, me las *describiese* en un papel.

MARTA Es verdad, si esa anciana las sabe...

COLÁS Como que el domingo *pasao,* al salir de la iglesia, me dijo: «Colás he *tenío* carta de Margarita y me de *ricuerdos pa* ti.»

MARTA ¡Ah!... ¡Margarita!... ¿se llama Margarita?

COLÁS ¡Pues qué! ¿no os lo había dicho?

MARTA ¡Sí, sí, creo que sí!

COLÁS ¿Conque si queréis ver a la tía *Rimedios?...*

MARTA Ya, ya sé que aquí, a la vuelta del montecillo, en la primera casa del pueblo...

COLÁS Vaya... *pus* yo voy a cortar la leña, que ya se va haciendo tarde y mi Periquillo pone las orejas tiesas cuando vamos de noche a la aldea... Conque... hasta más ver, *güena* mujer.

MARTA Dios os guarde, amigo mío... (¡y os dé tanta felicidad... como la que habéis derramado en mi corazón!...) (Vase Colás por la izquierda.) ¡Oh! ¡sí, sí... no hay duda! ¡Esa mujer puede enterarme de todo! ¡Dentro de breves momentos sabré donde vive mi Margarita!... la hija de mi corazón!... (Da un paso y se detiene.) La impciencia me acosa, y sin embargo... tengo miedo... miedo de que me venda la dicha que me espera en esa pobre cabaña! ¡Ahora más que nunca necesito todo mi valor! ¡Los sufrimientos... ya sé que puedo sobrellevarlos!... ¡también podré sobrellevar mis alegrías! (Vase por el primer término derecha.)

ESCENA III.ª

VANNER, UN BANDIDO, dentro COLÁS, después JORGE.

Vanner, de mendigo, envuelto en una manta, aparece con mucho misterio por la izquierda del puente; desde la barandilla observa por uno y otro lado los alrededores; después se acerca al extremo del puente por donde ha salido, y ocultándose un momento, da dentro un silbido; vuelve a cruzar lentamente el puente y baja a la escena; un momento después aparece, por el mismo lado de la izquierda del puente, el Bandido; le atraviesa con el mayor recelo y baja por fin a reunirse con Vanner, que le espera oculto entre los matorrales que están detrás de las piedras donde se sentó Marta. Al reunirse los dos en medio de la escena se oye dentro la voz de Colás, que repite una parte de la canción de la primera escena; Vanner y el Bandido vuelven a ocultarse hacia la derecha. Después que Colás termina su canción, cuyas últimas notas se oyen más lejanas, sale Vanner, reconoce el terreno, fijándose principalmente en la entrada del bosque, que es por donde se ha oído la voz; el Bandido, a una señal de Vanner, sale otra vez y vuelven a reunirse los dos.)

VANNER — Debe ser un pasajero que cruza el bosque. (Pausa.) Con mucho interés.) ¿Estás bien enterado de todo?

BANDIDO — Sí.

VANNER — Toma. (Dándole una cuerda, que saca de debajo de la manta. El Bandido examina la cuerda, y después, seguido de Vanner, se retira hacia el fondo, coge una piedra que estará al pié del puente y ata a ella la cuerda. Vanner espía desde la entrada del puente. El Bandido, a una indicación de Vanner, carga con la piedra y sube, siempre con el mismo recelo, deteniéndose en el centro del puente; arroja la piedra al río y ata el otro extremo de la cuerda a la barandilla que da frente al público, al volverse hacia la bajada del puente se queda fijamente mirando hacia el interior del fondo derecha; hace una seña a Vanner y éste vuelve a subir al puente. Miran los dos hacia el mismo punto con marcada intención y Vanner le dirige después algunas palabras; el Bandido desaparece por la izquier-

da. Vanner se oculta por la derecha y da dentro un silbido; vuelve por el mismo sitio y se oculta otra vez detrás de los matorrales. Algunos instantes después aparece también Jorge, con el mismo misterio, por el fondo derecha; observa por todos lados y se reúne con Vanner, que al reconocerle habrá salido del matorral. Empieza a anochecer.)

JORGE ¿Están todos en sus puestos?

VANNER Sí.

JORGE El coche partirá hacia aquí dentro de breves momentos.

VANNER Ya nos avisarán cuando salga de la fábrica. (Breve pausa.)

JORGE ¿La cuerda?

VANNER (Señalándola.) Mira, ya está preparada en el puente con la piedra.

JORGE ¿Y el saco?

VANNER Aquí está. (Sacándole de debajo de la manta.)

JORGE Bien. ¡Nada de vacilaciones!

VANNER El golpe... será seguro; después... desaparecerá para siempre. El Marne es profundo por este sitio.

JORGE Cuidado con herir dentro del coche.

VANNER Ya... ya sé...

JORGE La sangre siempre deja rastro y el coche debe desaparecer sin una mancha siquiera; los testigos mudos hablan muchas veces más de lo que conviene.

VANNER Así se hará.

JORGE Yo permaneceré oculto detrás de esos matorrales para prestaros auxilio en caso necesario; vengo dispuesto a todo. (Enseñándole una máscara negra.)

VANNER No habrá necesidad de tu ayuda; yo respondo de todo. (Se oye dentro un silbido hacia el foro derecha.) ¡El coche sale ya de la fábrica!

JORGE (Observando hacia el foro derecha.) ¡Sí, allí le veo! ¡Se dirige hacia aquí! Ocultémonos. (Se pone la máscara y desaparece por la derecha, seguido de Vanner. Noche. El resplandor de la luna ilumina el puente.)

ESCENA IV

MARTA, por el primer término derecha; después GUSTAVO dentro del coche, que saldrá por la derecha en dirección a la subida del puente; luego VANNER y el BANDIDO por el segundo término derecha e izquierda y JORGE, con la máscara puesta, por el tercer término de la derecha, que es por donde se ha ocultado; últimamente COLÁS, con el hacha, por el segundo término izquierda.

MARTA (Saliendo.) No he podido encontrar a esa mujer. Según me han dicho, volverá muy tarde a la aldea y yo no puedo esperar más. Ya está anocheciendo y debo estar en París antes de las nueve. No... no debo dejar sola a Margarita. Es preciso partir inmediatamente. ¡Tengamos resignación! ¡Quien ha vivido diez y ocho años sin esperanza alguna, bien puede ahora dominar su impaciencia un día más! Volveré mañana. (Al ir a partir se detiene, volviéndose hacia el camino de la aldea, como si aun vacilase en volver.) ¡Oh! ¡no! ¡no es posible! ¡no debo vacilar! ¡Esperar hasta la noche sería una imprudencia!... Vamos... (Al decir Marta: "volveré mañana", sale por la derecha una berlina en la que va dentro Gustavo. El coche se detiene a la entrada del puente. Vanner y otro bandido aparecen por derecha e izquierda y acometen al coche puñal en mano. Gustavo salta de él precipitadamente. El coche cruza el puente y desaparece. Vanner y el Bandido se arroja sobre Gustavo; en el momento de ir Vanner a herirle, es cuando Marta dice: "Vamos", y al grito que da al ver lo que pasa en el puente, Vanner hiere rápidamente a Gustavo, que da un grito y cae al suelo. a las voces de Marta huyen Vanner y el Bandido por la izquierda del puente. Marta reconoce a Gustavo.) ¡Jesús!... ¡Gustavo!... ¡El!... ¡Hijo mío!... (Se dirige precipitadamente hacia el puente: en este momento sale Jorge con la máscara puesta y le corta el paso.)

JORGE ¡ Silencio ! (Deteniéndola.)

MARTA ¡ No... no !... ¡ Socorro !... ¡ Socorro !...

JORGE ¡ Calla, o mueres tú también !... (En la lucha, que sostienen cae la máscara de Jorge. Marta, aterrada, se desprende de sus brazos y retrocede al reconocerle.)

MARTA ¡ Oh !... ¡ Jorge !... ¡ Jorge !...

JORGE ¡ Marta ! (Reconociéndola también.) ¡ Oh !... ¡ No !... ¡ no hablarás más !... (Sacando un puñal y amenazándola.)

MARTA ¡ Socorro !... ¡ Socorro !... (Gritando y huyendo de él. En el momento de alcanzarla Jorge, va a herirla y aparece Colás por la izquierda con el hacha levantada, interponiéndose entre los dos y amenazando con ella a Jorge.)

COLÁS ¡ Atrás, miserable !...

JORGE ¡ Maldición !... (Huye por la izquierda. Colás va a seguirle con el hacha levantada, pero se detiene y vuelve hacia Marta al oir sus voces.)

MARTA (Levantándose, dominada por la emoción, y dirigiéndose al puente con vacilantes pasos.) ¡ Allí !... ¡ Allí !... ¡ En el puente !... ¡ Le han asesinado !... ¡ Era él !... ¡ Gustavo !... ¡ Hijo mío !... ¡ Socorro !... ¡ Socorro !... (Por fin llega al lado de Gustavo y cae de rodillas junto a él para auxiliarle, seguida de Colás.—CUADRO.)

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

LA PRUEBA DEL CRIMEN

Gabinete bien amueblado, de reducidas dimensiones, en casa de M. Rigaud; puertas al foro y laterales. A la izquierda, un velador y un gran sillón de tapicería. A la derecha, confidente y butacas. En el centro de la escena, otro velador pequeño, y encima, el caballito de cartón del acto primero, ya compuesto. Consolas, espejos, alfombras, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

RIGAUD, apoyado en un bastón muleta, sale por la puerta de la izquierda con el Doctor LECLERC; éste le acompaña hasta el confidente; después PERRIN por el foro.

LECLERC Repito, señor Rigaud, que la herida no ofrece ya cuidado alguno.

RIGAUD ¿Lo creéis así, mi querido doctor?

LECLERC Estoy seguro de ello; en los tres días que han transcurrido no se ha presentado inflamación alguna y la cicatrización vendrá inmediatamente.

RIGAUD ¡Pero como ayer tuvo un retroceso!

LECLERC El desvanecimiento de ayer fué muy natural; la hemorragia había sido muy considerable y la debilidad en que se encontraba produjo ese ligero transtorno.

RIGAUD ¿Es decir?...

LECLERC Que este desagradable acontecimiento no debe ya preocuparos respecto al estado del enfermo; y la mayor prueba que puedo daros es que ya véis que he accedido a su deseo de que abandone la cama por algunas horas. (Se dirige a coger su sombrero.)

RIGAUD ¿Os retiráis ya, amigo mío?

LECLERC Es preciso; dentro de una hora debo salir de París. Esta mañana ha partido para Noisy la hija del señor Blanchet y he ofrecido a su padre, ya que no me ha sido posible acompañarla, ir a visitarla esta misma tarde.

RIGAUD No conozco personalmente al señor Blanchet, pero, según me ha dicho Gustavo, la enfermedad de su hija es grave.

LECLERC Tan grave que dudo mucho que vuelva a París.

RIGAUD ¡Pobre joven! ¿Y sabe su padre su verdadero estado?

LECLERC Reconoce, sí, su gravedad, pero aun abriga la esperanza, o mejor dicho, la ilusión de que pueda restablecerse en Noisy. (Aparece Perrin en la puerta del foro.) Por cierto que anoche me dijo que hoy vendría a ver a Gustavo, y que si no lo había hecho antes había sido porque la enfermedad de su hija le había retenido en su casa, y porque además sabía por mí que la herida de Gustavo no ofrecía peligro alguno. Conque... pronto volveré. (Despidiéndose.)

RIGAUD ¿Muy pronto?

LECLERC Sí; mañana mismo, si no ocurriese en Noisy alguna novedad.

RIGAUD ¡Mucho recelo os causa esa pobre joven!

LECLERC Mucho, amigo mío.

RIGAUD Hasta mañana, mi buen doctor.

LECLERC Hasta mañana. (Vase por el foro.)

ESCENA II

RIGAUD y PERRIN; después un CRIADO por el foro derecha

PERRIN (Acercándose con marcada impaciencia.) ¿Co... co... conque el señorito Gustavo?...

RIGAUD Ya lo has oído: su herida no ofrece cuidado alguno.

PERRIN ¡E... e... entonces ya puedo yo hablar!

RIGAUD ¿Qué quieres decir?

PERRIN Que... que... que anoche no me atreví a deciros nada, porque como se pu... pu... puso malo el señorito Gustavo... (Con marcada agitación.)

RIGAUD ¿Pero qué es lo que te pasa? ¿Por qué estás tan alterado?

PERRIN ¡Se... se... señor! (Con aturdimiento.)

RIGAUD Vamos, habla.

PERRIN ¡Ma... Ma... Mauricio Puisot vive!

RIGAUD ¡Eh!... ¿Qué es lo que dices? (Con sorpresa.)

PERRIN Y... y... y está en París.

RIGAUD ¡En París! ¿Estás seguro?

PERRIN ¡Se... se... segurísimo; le he visto yo, co... co... con estos mismos ojos!

RIGAUD ¿Tú?... ¡Explícate, explícate pronto!

PERRIN Co... co... como me permitís que alquile el coche cuando no le necesitáis...

RIGAUD Bien, ¿y qué?

PERRIN A... a... acababa yo de poner en él la tablilla, cuando al pasar por la calle de Murillo, se acercó u... u... un caballero para alquilarle; he... he... he dicho mal, no era un caballero, era Jo... Jo... Jorge Mornás.

RIGAUD ¿Jorge Mornás?

PERRIN E... e... él mismo. Como ya he seguido muchas veces a ese pi... pi... pillo, según me habéis mandado, le conozco muy bien.

RIGAUD Pero ese hombre tan pronto está en París como desaparece por completo; hace años

que le perdimos de vista, y... pero continúa tu relación.

PERRIN Su... su... subió al coche, como digo, marcándome la dirección de la casa del señor Blanchet.

RIGAUD ¿Del señor Blanchet? ¿Del jefe de Gustavo?

PERRIN E... e... eso es.

RIGAUD ¿Pero qué iba a hacer allí ese miserable?

PERRIN No... no... no lo sé; pero bajaron juntos y los dos entraron en el coche.

RIGAUD ¡Blanchet con ese hombre!

PERRIN Co... co... como la berlina tiene una ventanilla en la delantera, cubierta por dentro con la tapicería, yo bajé e... e... el cristal y desde el pescante, inclinándome un poco, pude oir perfectamente lo que hablaban dentro del coche; ya... ya... ya sabéis que tengo el oído tan fino como to... to... torpe la lengua.

RIGAUD ¿Pero qué es lo que oíste?

PERRIN O... o... oí que Jorge le decía: ¡No te hagas ilusiones, Mauricio!...

RIGAUD ¿Eh?

PERRIN Te... te... te repito que he visto a Marta, y debes estar prevenido a todo; e... e... el golpe se ha dado en falso, pero este contratiempo puede serte favorable; de... de... déjate de vanos escrúpulos, que en la situación en que nos encontramos debe jugarse el todo por el todo.

RIGAUD ¿Habrán sido ellos los que han intentado asesinar a Gustavo?

PERRIN ¡To... to... todo es posible, señor!

RIGAUD Continúa... continúa, mi buen Perrin.

PERRIN Tu... tu... tu hija—le decía Jorge—ama a Gustavo, y si le haces tu yerno, no... no... no ha de denunciarte a la justicia aunque Marta te descubra, mucho más no habiendo una prueba terminante de que tú a... a... asesinaste a su padre.

RIGAUD ¡Oh!... ¡qué infamia!... ¿Posible es que

llegue a tanto el atrevimiento de esos miserables?

PERRIN De... de... después, al bajar del coche en la plaza de la Concordia, me fijé bien en él y era Ma... Ma... Mauricio, señor, Mauricio.

RIGAUD ¿Y ese hombre se atreverá a venir a mi casa?

PERRIN ¿A... a... aquí, señor?

RIGAUD Sí; acaba de decírmelo el doctor: viene a ver a Gustavo.

PERRIN ¡Pu... pu... pues entonces!... (En tono de amenaza.)

RIGAUD ¡Calla! Yo sabré si es él; entra en mi gabinete y descorre la gasa que cubre el retrato del padre de Gustavo; es imposible que al verle pase desapercibida para mí su impresión.

PERRIN ¡Pe... pe... pero si no tengo duda de que...!

RIGAUD No importa; quiero someterle a algunas pruebas para convencerme de que no te has engañado.

PERRIN ¡Ju... ju... juro, señor!

RIGAUD Bien, bien; haz lo que te digo, y, sobre todo, ni una palabra... ni una sola palabra a Gustavo hasta que yo le vea.

PERRIN Se... se... seré mudo, señor.

CRIADO El señor Blanchet. (Anunciando desde la puerta.)

RIGAUD (¡Oh!)

PERRIN ¡Pi... pi... picaronazo! (A una seña de Rigaud entra Perrin por la puerta de la derecha.)

RIGAUD Que pase adelante. (Vase el criado.) ¡Serenidad, mucha serenidad, pobre viejo! ¡La tendré, la tendré!

ESCENA III

RIGAUD y BLANCHET; después PERRIN, que vuelve por la derecha

BLANCHET ¿El señor Gustavo?... (Entrando y saludando a Rigaud.)

RIGAUD (Dominando su impresión y con serenidad.) Ahora mismo le avisarán; el doctor ha dispuesto que se levante, y...

BLANCHET ¿Es decir que su estado...?

RIGAUD Es completamente satisfactorio.

BLANCHET Celebro mucho...

RIGAUD Lo creo... lo creo, señor... Blanchet. (¡ Sí, sí ! ¡ Es su voz, su mirada !)

BLANCHET (¡ Muy viejo está, en efecto, el buen Rigaud ! No hay temor de que ya pueda reconocerme.) (Con aplomo.)

RIGAUD (Con marcada intención.) Ya sé que tenéis en mucho aprecio a mi Gustavo, y es muy natural que os sea tan agradable la noticia de que el infame atentado de que ha sido víctima no haya tenido más terribles consecuencias.

BLANCHET Indudablemente.

RIGAUD Esos... miserables asesinos, aunque sin duda avezados al crimen, han errado el golpe por esta vez. (Contemplándole fijamente pero con disimulo.) (¡ Es él !... ¡ es él !... ¡ no me cabe duda !)

BLANCHET ¿Y no se ha descubierto?... (Con mucho aplomo.)

RIGAUD Nada; una pobre mujer que acudió en su socorro no ha podido reconocerlos, y...

BLANCHET Desgracia es que esa mujer no pueda darnos algún indicio siquiera, para descubrir a esos bandidos.

RIGAUD ¡ Quién sabe ! En todos esos crímenes... cuando menos se piensa...

BLANCHET Es verdad; siempre queda algún cabo suelto por atar... y ese cabo es el que pro-

curaremos nosotros coger con mano fuerte.

RIGAUD (¡ Posible es tanta serenidad en un malvado !)

BLANCHET Pues, sí, señor Rigaud : tanto es lo que me interesa Gustavo, que estoy dispuesto... a todo, para crearle una posición y una fortuna ; vos me ayudaréis...

RIGAUD Seguramente ; todo lo que sea en beneficio suyo...

BLANCHET Es un joven de provecho que merece toda nuestra protección.

RIGAUD ¡ Oh, no lo sabéis bien ! Su modestia no le permite darse a conocer en todo lo que vale ; pero, una vez que estáis aquí, os ruego después que le veáis, que paséis a mi gabinete, donde os enseñaré... varios trabajos suyos, que estoy seguro... que han de sorprenderos... (Con intención.)

BLANCHET Veré con mucho gusto esos trabajos... (Con misteriosa importancia.) y de paso hablaremos también los dos de un asunto de suma trascendencia para su porvenir.

RIGAUD ¡ Ah !

BLANCHET ¡ Tengo algunos planes !...

RIGAUD ¡ Ya !... ¿Tenéis planes?...

BLANCHET Que creo merecerán vuestra aprobación...

RIGAUD ¡ Si es para su bien... quién lo duda !...

BLANCHET Sí.

RIGAUD (A Perrin, que habrá salido momentos antes por la puerta de la derecha, y atraviesa la escena mirando con marcado recelo a Blanchet, pero sin que éste le vea.) Avisad al señorito Gustavo que le espera el señor... (Deteniéndose como si no recordase su nombre.)

BLANCHET Blanchet.

RIGAUD Sí, eso es ; el señor... Blanchet. (Vase Perrin por la izquierda con el mismo recelo. Breve pausa.)

BLANCHET ¿Por lo visto, profesáis a ese joven gran afecto?

RIGAUD Le considero como si fuera mi hijo, y mo-

tivos tengo para ello; su padre, más que un jefe, fué un hermano para mí; ni un solo día he podido olvidar su desgraciado fin; murió infamemente asesinado... (Contemplando fijamente a Blanchet.)

BLANCHET Sí; ya sé... (Con mucha serenidad.)

RIGAUD ¿Le habéis conocido, tal vez, señor... Blanchet?

BLANCHET No; pero Gustavo me ha referido...

RIGAUD ¡Ah!... ¡ya!...

BLANCHET Sí.

RIGAUD (Mirándole con encubierta intención.) ¡El atentado fué horrible! ¡le asesinaron en su mismo escritorio!... ¡le robaron una suma considerable!... ¡y prendieron después fuego a su fábrica! ¿No es verdad que no se concibe que haya una mano tan criminal... capaz de tanta infamia?

BLANCHET Mucho arrojo se necesita para ello.

RIGAUD ¡Y mucha... perversidad!

BLANCHET Ciertamente que sí.

RIGAUD Pero... es muy raro que no recordéis...

BLANCHET ¡Yo!

RIGAUD ¡Fué un hecho tan público!... ¡se habló tanto de esos crímenes!...

BLANCHET No lo dudo; pero como yo entonces no vivía aquí...

RIGAUD ¡Ah! ¿no vivíais?...

BLANCHET No; hace sólo dos años que me establecí en París.

RIGAUD Entonces... tenéis razón; no es extraño que no recordéis...

BLANCHET (¡Preguntón por demás está el buen viejo!)

RIGAUD (Mirando hacia la izquierda al ver que vuelve Perrin; éste se acerca a Rigaud y le ayuda a levantarse del sillón o confidente, dirigiendo siempre a Blanchet, aunque disimuladamente, terribles miradas.) Aquí creo que viene ya Gustavo; os dejo con él; pero os ruego no olvidéis que deseo enseñaros, en mi gabinete... (Dirigiéndose hacia la derecha, apoyado en Perrin.)

BLANCHET Tendré mucho gusto en examinar esos trabajos.

RIGAUD No podéis figuraros lo que celebro... haberos conocido... (Siempre con la misma intención.)

BLANCHET Gracias ; yo también...

RIGAUD Hasta después, señor ...Blanchet, hasta después. (Vase por la derecha con Perrin.)

ESCENA IV

BLANCHET, después GUSTAVO.

BLANCHET Una vez en la pendiente ya no es posible retroceder ; Marta está en París, según me ha asegurado Jorge, y aunque es cierto que su inesperada presencia ha salvado a ese joven, tal vez haya salvado también a mi hija, y éste sea al mismo tiempo un bien para todos. Amelia le ama con ciega pasión, y si, al satisfacer sus deseos, consigo atraerle hacia ella, en vez de un enemigo poderoso tendré un aliado que rechazará las acusaciones de esa mujer. Aun en el caso de que pudiera reconocerme, ninguna prueba hay realmente contra mí, y Marta tratará en vano de acriminarme ; además, dentro de breves horas me veré libre de esa mujer, y nada tendré ya que temer. (¡ Aquí está ya !... ¡ serenidad !...) (Viendo salir a Gustavo.)

GUSTAVO Señor Blanchet... (Saliendo y tendiéndole la mano.)

BLANCHET Amigo mío : excuso manifestaros el profundo disgusto que he tenido al saber el atentado de que habéis sido víctima.

GUSTAVO Gracias, señor Blanchet.

BLANCHET Pero, en fin, parece que la herida, según asegura el doctor...

GUSTAVO Ha sido leve, afortunadamente ; la preci-

pitación, sin duda, con que me acometieron les hizo errar el golpe.

BLANCHET Más vale así ; pero... sentaos, amigo mío ; aun estáis muy débil...

GUSTAVO Me encuentro perfectamente.

BLANCHET Sin embargo... (Se sientan.)

GUSTAVO No sabéis cuanto os agradezco la atención que me dispensáis en este momento.

BLANCHET ¡ Oh !... ¡ y cuando sepáis !... (En tono de broma.)

GUSTAVO ¿ Qué ?

BLANCHET Que no vengo sólo en mi nombre a visitaros : Amelia...

GUSTAVO ¡ Oh !... ¡ perdonadme, señor Blanchet ! ¡ me había olvidado de preguntaros por vuestra hija !...

BLANCHET Pues sí, amigo mío, sí : Amelia, como es muy natural, se afectó mucho... muchísimo, cuando supo tan terrible acontecimiento ; ya sabéis que os profesa... singular cariño, y como está bastante delicada...

GUSTAVO Hoy mismo, si me permitís, pasaré a demostrarle mi cariñoso reconocimiento por la atención que le merezco.

BLANCHET Mucho os agradecerá esa visita ; pero creo más conveniente que lo dejemos para mañana ; primero porque así conviene a vuestra salud, y después porque tendríais que hacer un pequeño viaje.

GUSTAVO ¿ Un viaje ?

BLANCHET Esta mañana ha salido para Noisy, con el objeto de respirar unos días los aires puros del campo.

GUSTAVO ¡ Ah !

BLANCHET Sí ; por fin he podido convencerla de que así lo reclamaba su salud, ofreciéndole al mismo tiempo que, en cuanto vuestro estado lo permitiera, iríamos los dos a verla.

GUSTAVO Entonces mañana mismo...

BLANCHET Bien ; pasaremos el día en su compañía y

eso la complacerá mucho, amigo mío ; en fin, creo... que no será un día perdido. (Con intención.)

GUSTAVO Al contrario ; en nada mejor podíamos emplearlo.

BLANCHET Convenidos ; y ya que de Amelia hablamos, me permitiré deciros que es tan sincero el afecto que le habéis inspirado, que ella misma me ha hecho conocer...

GUSTAVO ¿Qué?

BLANCHET Que no vais por el mejor camino para crearos un porvenir brillante como todos deseamos.

GUSTAVO ¿Qué decís?

BLANCHET ¡Oh! ya sé que la verdad siempre es dura cuando afecta a esos... devaneos, propios de la juventud.

GUSTAVO Repito que no comprendo...

BLANCHET Amáis a una joven, o mejor dicho, sentís hacia ella alguna inclinación, que aun considerada como pasajero capricho, pudiera seros funesta.

GUSTAVO Amo, en efecto, a una joven ; pero esa joven es digna por todos conceptos del respeto y estimación de todo el mundo.

BLANCHET Os engañáis.

GUSTAVO Señor Blanchet...

BLANCHET No dudo que ella... sea digna, en efecto, de esa consideración, pero a veces hay circunstancias especiales...

GUSTAVO Ignoro cuáles puedan ser, ni pretendo saberlas ; lo único que puedo aseguraros es que esa joven merece mi cariño, y que dentro de breves días será mi esposa.

BLANCHET ¡Vuestra esposa!... ¡imposible!

GUSTAVO No lo dudéis.

BLANCHET ¡Os digo que es imposible! vos mismo rechazaréis esa unión cuando sepáis...

GUSTAVO ¿Qué?

BLANCHET Un poco de calma, mi querido Gustavo, un poco de calma. Veo que lo que yo creía un ligero capricho es una ciega pasión,

y ahora más que nunca debo arrancar la venda que cubre vuestros ojos; me interesáis ya demasiado para no tratar de evitaros lo que muy pronto sería una desgracia irreparable.

GUSTAVO ¡Oh! ¡hablad, señor Blanchet! ¿no veis lo que vuestra palabras me están haciendo sufrir?

BLANCHET Escuchadme: esa joven ha sido criada en Joinville, cerca de mi fábrica, y por los mismos obreros que viven en esa aldea ha llegado fácilmente a mis oídos su triste historia: informado últimamente de vuestras pretensiones hacia ella, tomó ya este asunto para mí marcado interés, una vez que vos mismo me habéis dicho quién era vuestro padre. He mandado un agente de toda mi confianza a esa aldea, y desgraciadamente mis noticias se han confirmado.

GUSTAVO Pero... (Con viva impaciencia.)

BLANCHET Esa niña, recogida por la hermana del cura de Alfort, es...

GUSTAVO ¡Acabad!

BLANCHET Es la hija de Marta Rosier, la portera de la fábrica de vuestro padre.

GUSTAVO ¡Oh!... ¡ella!... ¡ella su hija! (Comprimiendo un grito.)

BLANCHET Sí.

GUSTAVO ¡La hija de... de Marta Rosier! la que... ¡No! ¡no! ¡imposible! ¡eso no puede ser! ¡sería horrible!... ¡muy horrible! (Queda abatido.)

BLANCHET Fácilmente podéis informaros vos mismo; la anciana criada de la señora que la recogió aun vive en Joinville, y nadie mejor que ella puede enteraros de todo.

GUSTAVO ¡Ah!... Margarita!... ¡Margarita!...

BLANCHET ¡Vamos! ¡un poco más de valor! ¡el hombre no debe nunca dejarse abatir por ningún contratiempo en la vida!

GUSTAVO ¡ Su hija !... ¡ su hija !... (Profundamente abatido.)

BLANCHET Afortunadamente aun es tiempo de evitar mayores males.

PERRIN E... e... el señor... (Apareciendo en la puerta derecha.)

BLANCHET (Volviéndose.) ¡ Ah ! ¡ sí ! ¡ sí ! voy... voy en seguida. (Perrin se retira lentamente por el foro y con el mismo recelo.) No es cosa de hacer esperar a vuestro generoso protector. Reponed vuestro ánimo y no os dejéis arrebatar de ese modo. (Dirigiéndose hacia la puerta derecha.) (El golpe está dado ! ¡ producirá su efecto !) (Vase.)

ESCENA V

GUSTAVO.

GUSTAVO ¡ Margarita !... ¡ Margarita su hija !... ¡ oh ! ¡ no ! ¡ si no puede ser ! ¡ si esto es un sueño horrible... del que es preciso despertar !... (Levantándose.) ¡ Sí, sí ! ¡ Mi noble protector guiará mis pasos como siempre ! (Va a dirigirse a la puerta derecha y se detiene.) ¡ Pero... ese hombre está ahí ! ¡ no !... ¡ no quiero verle ! sus palabras han herido cruelmente mi corazón y no tendría ya valor para volver a oir de sus labios tan terrible revelación. (Procurando reponerse.) ¡ Es preciso que no me vea al salir ! ¡ Ni una palabra... ni una sola palabra hasta que yo mismo descubra la verdad de este horrible misterio ! ¡ Sí, sí ! ¡ Yo lo sabré ! ¡ Yo lo sabré ! (Vase por la puerta izquierda.)

ESCENA VI

PERRIN y detrás MARTA, por la puerta del foro derecha

PERRIN A... a... adelante, buena mujer. E... e... el señorito Gustavo me encargó mucho que, cuando volvierais a preguntar por él, pa... pa... pasaseis aquí.

MARTA ¡ Yo !... (Dominada por un vivo temor al encontrarse en casa de Rigaud.)

PERRIN E... e... es natural ; le habéis salvado la vida, y deseará daros un abrazo.

MARTA (Comprimiendo un grito de alegría, al fijarse en el caballito de cartón que está encima del velador.) ¡ Ah ! (Queda dominada por los recuerdos que le despierta, sin apartar de él su mirada.)

PERRIN (Volviéndose.) ¿Qué... qué... que es eso? ¡ Ah ! ¡ ya comprendo ! (Acercándose.) O... o... os llama la atención ese caballito de cartón ! ¡ Pu... pu... pues ahí donde le veis es la alhaja de la casa ! E... e... ese caballito es un recuerdo de la infancia del señorito Gustavo ; el amo tiene el capricho de co... co... conservarle, porque es lo único que se salvó de un incendio horrible.

MARTA (¡ Oh !) (Sin apartar los ojos del caballo.)

PERRIN E... e... el pobre animalito estaba hecho pedazos, pero yo le pegué u ...u... unos papeles, como veis, y así se conserva hace muchos años... Co... co... conque, voy a avisar al señorito Gustavo ; e... e... esperad aquí un momento. (Vase por la puerta izquierda.)

ESCENA VII

MARTA, después BLANCHET por la derecha

MARTA (Contemplando el caballito con vivas y diversas emociones.) ¡ Ah !... ¡ No me atrevo a tocarle !...

¡Cuántas veces mi pobre Margarita, jugando con Gustavo en el parque!... ¡Oh! ¡qué recuerdos tan dulces... y tan terribles a la vez! (Reponiéndose y dominando su situación.) ¡No, no es ésta la ocasión de entregarse a esos vivos recuerdos! ¡Al poner los pies en esta casa tiemblo a mi pesar, y necesito estar serena... muy serena para no delatarme, para que nadie sospeche que llevo en mi frente grabada la marca infamante del sentenciado!

BLANCHET (Dentro.) No consiento que os molestéis por mí.

MARTA ¡Ah! ¡esa voz!...

BLANCHET (Desde la puerta de la derecha.) Ya hablaremos de ese asunto con más detención. (Volviendose y dirigiéndose hacia el foro.)

MARTA (Reconociéndole.) (¡Oh! ¡Mauricio!... ¡Mauricio!...) Detene... (A media voz y sin terminar la frase.)

BLANCHET ¿Eh? (Volviéndose.)

MARTA (¡Qué iba yo a hacer!) (Recobrando su serenidad.)

BLANCHET ¿Os dirigíais a mí?

MARTA ¿Yo? no. (Dominando su emoción y esforzándose por aparecer tranquila.)

BLANCHET (Fijándose en ella.) (¡Esa turbación!... ¡es extraño!...) (Asaltado por una idea al contemplar a Marta.) (¡Qué sospecha!... ¿será Marta?... ¡Sí! ¡sí! ¡ella salvó a Gustavo en el puente de Joinville y es natural que le acompañase aquí y... yo lo sabré!) (Acercándose lentamente a ella.) ¿Pertenecéis a la servidumbre del señor Rigaud? (Con naturalidad.)

MARTA ¿Yo? no. (Esforzándose por sostener su serenidad.)

BLANCHET Perdonad: había creído que... Pero, sí; yo os he visto en alguna otra parte... y no recuerdo...

MARTA ¿A mí?... no sé.

BLANCHET ¿Sois de alguna aldea... inmediata a París?

MARTA No.

BLANCHET ¿Y no habéis estado nunca en Alfort?

MARTA (¡Ah!) Nunca. (Breve pausa.)

BLANCHET (¡Disimula!... Yo la haré hablar!)

MARTA (¡Si me descubre... me pierdo irremisiblemente! ¡Dios mío, dame fuerzas para sostenerme!)

BLANCHET ¡Ah!... ¡Sí! (Como recordando donde la ha visto.)

MARTA ¿Eh?

BLANCHET ¡Ya... ya recuerdo!...

MARTA (¡Oh!)

BLANCHET Yo poseo una fábrica cerca de Joinville, y allí hace dos días, os ví en dirección a esa aldea.

MARTA ¿A mí?

BLANCHET Sí, a vos; y como en una aldea todo se sabe, oí decir después que os conducía allí el deseo de indagar el paradero de una niña...

MARTA (¡Dios mío!...)

BLANCHET Que había sido recogida por la hermana del cura de Alfort.

MARTA (¡Oh... no! ¡Yo a nadie he revelado todavía!...¡Trata de engañarme... para que hable... para descubrirme... y delatarme después!)

BLANCHET Pues bien; esa niña... yo sé dónde está.

MARTA (¡Ah!) (Reprimiéndose violentamente.)

BLANCHET Y si tanto os interesa saber de ella...

MARTA (Dominando por completo su situación.) ¿A mí?... ¡No! Nada tengo que ver... con esa niña.

BLANCHET ¿No deseabáis saber?...

MARTA ¿Yo? No sé de qué niña me hablais... ni he ido nunca a Joinville con ese objeto.

BLANCHET ¿No?

MARTA No; sin duda me habéis equivocado con otra.

BLANCHET Tal vez. (¡Es Marta!... ¡Es Marta! ¡No hay duda! ¡Indudablemente me ha reconocido y trata de desorientarme para que no la delate, y poder libremente seguir mis pasos!)

MARTA (¡ Las fuerzas me abandonan !)

BLANCHET Dispensad : ya veo que me he equivocado. (Retirándose.)

MARTA Sí.

BLANCHET (¡ No tardaras mucho tiempo en volver a tu prisión !) (Vase por el foro.)

ESCENA VIII

MARTA ; después GUSTAVO por la izquierda

MARTA (Respirando libremente al verse sola.) ¡ Ay !... ¡ Creí que me ahogaba el dolor ! ¡ No, no me había engañado ! Mauricio vive... y yo... yo, ahora más que nunca debo buscar a mi hija ; mañana mismo volveré a Joinville ; veré a esa mujer, y después me ocultaré, me ocultaré donde ese miserable no pueda encontrarme. Alguien llega ; serenidad. (Tranquilizándose. Gustavo aparece muy abatido en la puerta de la izquierda. Marta se acerca al verle.) Señorito Gustavo.

GUSTAVO ¡ Mamá Nicol !...

MARTA ¿ Qué es eso ? ¿ Os encontráis peor ? ¿ La herida tal vez ?...

GUSTAVO ¡ No ; no es la herida de mi cuerpo sino la de mi alma la que me hace sufrir !

MARTA No comprendo.

GUSTAVO Margarita...

MARTA ¿ Qué ?

GUSTAVO (Dominado por su dolor.) ¡ No !... ¡ si eso no es posible !... ¡ Renunciar así a su amor !... ¡ Huir lejos de ella !...

MARTA ¿ Qué decís ? ¿ Abandonar a Margarita ?

GUSTAVO ¿ No es verdad que eso no puede ser ?

MARTA ¡ No, no es posible que así paguéis su cariño, su amor !...

GUSTAVO ¡ Su amor !... ¿ Y el mío ?... ¿ Creéis, acaso, que yo no la amo ? ¡ Pero, no, no ! ¡ Este puro sentimiento de nuestra alma sería infame... criminal !

MARTA ¿Criminal?

GUSTAVO Sí; mi corazón me dice: «¡ama!», pero mi razón me grita: «¡huye!» ¡No, no es vano delirio de mi mente! ¡Esa revelación cruel nos herirá a los dos! ¡No puede haber lazo alguno entre nosotros!

MARTA Pero, ¿por qué?... ¿por qué?

GUSTAVO ¡Margarita... es la hija de Marta Rosier! (Dejándose caer abatido en el sillón y apoyando su cabeza entre las manos sobre el velador.)

MARTA ¡Jesús! (Reprimiendo un grito. Se apoya, para sostenerse, en el velador del centro, y éste cae al suelo con el caballito de cartón.) (¡Mi hija!... ¡Era ella!... ¡Mi hija!...) (Embargada por el dolor, queda inarticulando palabras en voz baja, como dominada por un delirio.)

ESCENA IX

Dichos, PERRIN por el foro; después RIGAUD por la derecha

PERRIN (Entrando y fijándose en Gustavo, después de ver el velador y el caballito por el suelo.) ¡Se... se... señorito Gustavo!

GUSTAVO ¡Dejadme!... ¡Dejadme todos! (Marta, sin darse cuenta de lo que hace, se va retirando de espaldas hacia la puerta del foro. Perrin levanta el velador y después coge el caballito, que a la caída se ha abierto por el mismo sitio en que apareció roto en el primer acto.)

MARTA (¡Sí, sí! ¡las dos!... ¡las dos debemos huir lejos!... ¡muy lejos!... ¡La infamia pesa sobre nosotras!... ¡Hija! ¡hija de mi alma!) (Desaparece por el foro.)

RIGAUD (Apareciendo en la puerta de la derecha.) ¡Gustavo!... ¡hijo mío!...

GUSTAVO ¡Ah! ¡mi noble protector!

RIGAUD ¡Ese hombre... es un miserable! ¡le he reconocido!... ¡Ese malvado es Mauricio Puisot!

GUSTAVO ¡Oh! ¿qué decís? (Levantándose.)

RIGAUD ¡ Sí, hijo mío ! (Perrin, que habrá ido sacando del caballito algunos objetos, encuentra la carta que Margarita metió dentro, y al leerla da un grito de alegría.)

PERRIN ¡ Ah !

RIGAUD ¿ Qué ?

GUSTAVO ¿ Qué es eso ?

PERRIN (Presentando abierta la carta y sin poder articular más que una sola sílaba, dominado por la emoción.) La... la... la... la ...

RIGAUD (Examinando la carta.) ¡ Justicia de Dios !... ¡ La carta de Mauricio !

GUSTAVO ¿ Qué decís ?

RIGAUD ¡ La prueba de su crimen !

GUSTAVO ¡ Ah ! (Examinando la carta con Rigaud.)

PERRIN (Abrazando el caballito con viva satisfacción.) ¡ A... a... aquí ! ¡ A... a... aquí ! ¡ E... e... el caballito ! ¡ E... e... el caballito !... (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEXTO



ACTO SÉPTIMO

HIJA Y MADRE

Habitación modesta, pero decentemente amueblada, en casa de Margarita. Puertas laterales. En el foro, a la derecha, la puerta de entrada; en el centro una gran ventana rasgada, por donde se ve el tejado (practicable) de la casa inmediata, y en el fondo un torreón o mirador (también practicable) que da sobre el tejado. A la derecha, en primer término, un costurero y una silla. En el centro de la escena, a un metro de distancia de la ventana, un velador con mantel, platos, cubiertos, botellas, vasos y un cuchillo de punta. Una palmatoria, con bujía encendida, encima del costurero. Cómoda en el foro izquierda. Sillas, etc., etc. (La habitación estará sólo alumbrada por la luz de la bujía, para que contraste después visiblemente con el tejado y mirador del fondo, que estarán iluminados por la luna. La ventana del foro que da al tejado estará cerrada.)

ESCENA PRIMERA

MARTA aparece sentada en la silla que está al lado del costurero, con la cabeza caída entre sus manos, entregada por completo al pensamiento que la domina. Momentos después levanta la cabeza con ánimo decidido.

MARTA ¡Mi resolución está tomada! ¡Mauricio y Jorge me habrán delatado y me busca-

rán aquí ! ¡ me prenderán otra vez para volver a mi triste prisión !... ¡ Oh ! ¡ qué horror !... (Breve pausa.) ¡ Encontrar al fin a mi hija y no poder estrecharla entre mis brazos ! No poderle decir : « ¡ yo soy tu madre ! » (Levantándose.) ¡ Sí !... ¡ sí !... ¡ debo salir de esta casa antes que Margarita venga ! ¡ Si volviera a verla aquí, no tendría valor para separarme de su lado ! ¡ Debo ocultarme con otro nombre supuesto en el más apartado barrio de París ! ¡ Si me detengo soy perdida, si huyo podré a lo menos verla alguna vez ; verla... aunque sea desde lejos ! ¡ No me arrebates, Dios mío, la única esperanza que me queda ! ¡ No ; no debo vacilar ! ¡ Mi hija sabrá pronto el nombre de su madre y yo no podría escuchar de sus labios el horror que debo inspirarle ! ¡ Se avergonzará de mí !... ¡ de su madre, que arroja sobre su limpia frente la vergüenza y la infamia que llevo aquí grabada ! (Señalando su frente.) ¡ de su madre, que arranca de su corazón el puro amor que da vida a su existencia !... ¡ Oh ! ¡ Mucho he sufrido durante diez y ocho años, pero este golpe sería superior a mis fuerzas ! ¡ Estoy decidida ! ¡ Salgamos de aquí ! (Al dirigirse a coger el pañuelo que está sobre una silla, se detiene al oir llamar en la puerta del foro.) ¡ Han llamado ! ¿ Será ella ? ¡ Dios mío ! ¡ Siento que las fuerzas me abandonan !

TOMÁS (Dentro llamando.) Mamá Nicol...

MARTA ¡ No, no es ella ! ¡ Yo conozco esa voz !...

TOMÁS (Dentro.) Soy yo, mamá Nicol.

MARTA ¡ Es Tomás !... ¿ Qué buscará aquí ? (Abre y entra Tomás con una carta.)

ESCENA II

MARTA y TOMÁS

TOMÁS (Entrando.) ¿No me habíais conocido?

MARTA (Reprimiéndose.) Sí, ¡ya lo creo!... pero... estaba ocupada y...

TOMÁS ¿No está la señorita Margarita?

MARTA No ha llegado todavía del taller.

TOMÁS Pues yo venía... a traer esta carta.

MARTA ¿Una carta?

TOMÁS Sí; ayer la llevaron a la casa que habitabais antes allí, enfrente de casa mi tía, y como yo tenía que dar hoy una vuelta por estos barrios, la recogí... y aquí está. (Se la da.)

MARTA Muchas gracias, Tomás. (Dejándola sobre el velador.)

TOMÁS Yo creo que debe ser de alguna buena parroquiana, porque la trajo un criado que parecía un señor... mal comparado.

MARTA Tal vez.

TOMÁS ¡Como la señorita Margarita viste ya a gente tan encopetada!...

MARTA Sí.

TOMÁS Aunque ya hay poco que fiar de nadie, por más que se presenten con mucha fachenda. Precisamente ahora mismo, cuando yo venía aquí, he visto reunida mucha gente ahí a la vuelta de la calle, y decían yo no sé qué de que el comisario y los gendarmes iban a prender a un pájaro de cuenta que debe vivir aquí.

MARTA (¡Dios mío!) (Con marcado temor.)

TOMÁS Pero como a mí no me importaba nada de eso, seguí adelante y aquí estoy.

MARTA ¿Y... no habéis oído?... (Con temerosa expresión.)

TOMÁS ¡Pues no os digo que no me he detenido ni un minuto! Cuando uno trae metido en la cabeza un quebradero de esos que dan

vueltas y vueltas... porque... como yo digo, mamá Nicol... todos tenemos nuestras debilidades y... en fin, como yo soy tan levantisco y Julianilla tiene unos ojazos tan llamativos... ¡ ya sabéis, la chica aquella que va todos los días a la panadería !

MARTA — Sí. (Dirigiéndose lentamente, sin hacerle caso, a observar desde la puerta del foro.)

TOMÁS — Pues está desde ayer sirviendo en el piso tercero de esta misma casa, y como yo pensaba venir hoy por aquí a traer esa carta, le dije esta mañana que al anochecer le haría una visita en toda regla, y por eso me he puesto, como veis, los trapitos de cristianar. (Señalando su traje.)

MARTA — Es natural.

TOMÁS — ¡ Vaya... pues siento que no esté aquí la señorita Margarita ; hubiera tenido tanto gusto en verla !

MARTA — Y ella también se hubiera alegrado...

TOMÁS — ¿ Y decís que no tardará mucho en volver?

MARTA — No.

TOMÁS — En ese caso voy, con vuestro permiso, a ver a Julianilla un momento, y luego al salir entraré aquí y...

MARTA — Como queráis.

TOMÁS — En dos saltos voy y vuelvo ; hasta luego, mamá Nicol. (Vase por el foro.)

MARTA — Adiós, Tomás.

ESCENA III

MARTA, después MARGARITA por el foro.

MARTA — (Aterrada.) ¡ El comisario !... ¡ los gendarmes !... ¡ vienen a prenderme... no hay duda !... ¡ oh ! (Observando con temor desde la puerta.) No siento ruido alguno : Tomás ha entrado ya en el piso de abajo. (Volviéndose hacia la escena.) Aun será tiempo. (Cogiendo el

pañuelo que está sobre la silla.) Me envolveré bien en este pañuelo para que no me reconozcan... ¡ Tal vez así pueda salir de esta casa !... ¡ Hija de mi corazón !... ¡ Tener que abandonarla ; no poderle dar un abrazo siquiera ! ¡ Ah !... ¡ cuándo acabarán mis sufrimientos ! (Se pone el mantón y se dirige hacia el foro.) ¡ Salgamos pronto... vamos !... (Aparece Margarita en la puerta.) (¡ Ah ! ¡ Margarita !)

MARGARI. (Entrando.) ¿ Ibais a salir, mamá Nicol?

MARTA ¡ Yo !... ¡ sí !... Me parecía... que tardabais demasiado y...

MARGARI. ¡ Qué buena sois conmigo ! (Se quita el sombrero.)

MARTA (Contemplándola con maternal cariño.) (¡ Mi hija, mi hija !)

MARGARI. ¿ Habés visto a Gustavo?

MARTA Sí.

MARGARI. Y está completamente bien, ¿no es verdad?

MARTA ¡ Bien, muy bien !

MARGARI. ¿ De modo que no hay peligro?

MARTA ¡ Ninguno !

MARGARI. ¡ Ah ! (Con alegre satisfacción.) ¡ Bien merece la noticia un abrazo muy apretado !

MARTA (Abrazándola y besándola con viva satisfacción.) ¡ Sí, sí, hija mía, sí ! ¡ Un abrazo... y un beso !... y mil que queráis, ¡ hija de mi alma !

MARGARI. ¡ Cuánto me queréis !... ¿no es cierto?

MARTA (Esforzándose por dominar su emoción.) ¡ Qué si os quiero !... ¡ Oh ! ¡ no lo sabéis bien, hija mía, no lo sabéis bien !

MARGARI. Yo también puedo aseguraros que os amo tanto... que si tuviéramos que separarnos sería una pena muy cruel para mí.

MARTA ¡ Separarnos !...

MARGARI. ¡ No lo dudéis !

MARTA ¡ No... si no lo dudo, al contrario, lo creo... lo creo, hija mía !

MARGARI. ¡ Pero eso no puede ser ! ¡ Gustavo os

quiere tanto como yo, y nuestro mayor placer será teneros siempre a nuestro lado !

MARTA ¡ Siempre ! (Con profundo dolor.)

MARGARI. ¡ Sí, sí ; seréis una verdadera madre para nosotros !

MARTA ¡ Una madre !

MARGARI. ¡ Ah, qué contenta estoy ! ¡ No sé por qué, pero siento hoy una alegría tan grande !...

MARTA ¡ Dios piadoso ! (Con desfallecimiento.)

MARGARI. ¿Qué tenéis? (Notando su turbación.)

MARTA No... nada... la emoción de... (Reponiéndose vivamente.)

MARGARI. ¡ Soy tan feliz !... (Recorriendo la habitación alegremente.) ¡ Pero nada me habéis dicho todavía de nuestro nuevo... palacio ! ¿Verdad que es muy bonito? ¡ Ya lo creo... como que lo ha elegido Gustavo ! (Dirigiéndose a la ventana del fondo y abriendo las dos hojas.) Mirad... mirad por aquí ; aquél es el mirador de casa del señor Blanchet, en donde veré a Gustavo todos los días. ¡ Oh ! ¡ Qué noche tan hermosa ! ¡ Qué luna tan clara ! ¡ Si estuviera aquí Gustavo ! Pero vendrá pronto a verme, ¿no os lo ha dicho así? (Marta, cuando Margarita abre la ventana, cruza la escena y vuelve a observar por la puerta del foro.)

MARTA Sí ; muy pronto.

MARGARI. ¿Qué miráis?

MARTA (Volviéndose.) Nada : me pareció haber oído ruido en la escalera.

MARGARI. Ahora, cuando yo he subido, no había nadie.

MARTA ¿Abajo tal vez?...

MARGARI. No ; tampoco.

MARTA ¿No había gente en la puerta?

MARGARI. No. ¿Por qué me preguntáis eso?

MARTA Por nada : perque... creí que Tomás...

MARGARI. ¿Tomás?

MARTA Sí ; acaba de estar aquí a traer esta carta (Señalando el velador.), y dijo que volvería en seguida.

MARGARI. ¿Una carta para mí? (Cogiéndola.)

MARTA Sí.

MARGARI. Es extraño: ¡quién podrá escribirme! Veamos de quien es. (Margarita se acerca al costurero por la parte de la izquierda. Marta avanza lentamente hacia la derecha, quedando cerca de la puerta de este lado.) No tiene firma. (Deteniéndose al fijarse en ella.) ¡Oh, parece que una nube cruza por delante de mis ojos!... Leamos. (Leyendo.) «Es preciso que desistáis de vuestras locas pretensiones: vuestro amor sería un crimen.» ¡Eh! «Cuando leáis estas líneas, Gustavo sabrá ya que sois la hija de Marta Rosier, la portera de la fábrica que asesinó a su padre.» ¡Oh! ¡Yo la hija de!... ¡No, no puede ser! ¡Esto es una infamia, una vil calumnia! ¡Yo he leído mal; aquí no puede decir eso!... (Marta, apoyada en una silla, hace violentos esfuerzos para poderse sostener. Margarita sigue leyendo.) «De Marta Rosier... y esa mujer es la que conocéis con el nombre de mamá Nicol.» (Retrocediendo un paso horrorizada y fijándose en ella.) ¡Mi madre!... ¡Oh!...

MARTA ¡Hija mía!... (Dando un grito terrible y cayendo desplomada al suelo.)

MARGARI. (Aterrada.) ¡Ella... mi madre!... (Dominando su exaltación y arrojándose precipitadamente a socorrerla.) ¡No, no! ¡Eso no es verdad! ¡Mi madre no puede ser culpable!... ¿Cómo una hija ha de creer en la infamia de su madre? ¡Perdón!... ¡Perdón, madre mía, por haber dudado un momento de tu inocencia! ¡Oyeme! ¡Soy tu hija!... ¡Ah!... ¡Muerta!... ¡No, no... su corazón late con violencia!... ¡Madre! ¡Madre mía!... ¡Vuelve en ti! ¡Soy yo... tu hija!... ¡tu hija!...

ESCENA IV

Dichas, TOMÁS por el foro

TOMÁS (Entrando.) ¿Qué es eso, señorita Margarita?

MARGARI. ¡Ah, Tomás; venid... venid pronto! ¡Mi madre se muere!

TOMÁS ¡Vuestra madre!

MARGARI. ¡Sí, sí; ayudadme a llevarla a su lecho; yo os lo ruego!

TOMÁS Vamos, sí.

MARGARI. ¡Madre... madre de mi alma!... (Vanse, llevando a Marta, por la puerta de la derecha. Pausa. La escena permanece sola breves momentos.)

ESCENA V

BLANCHET y detrás JORGE

Aparecen huyendo misteriosamente por el mirador del fondo; saltan al tejadillo y Blanchet penetra por la ventana; Jorge queda escuchando, echado en el tejadillo junto a la misma ventana; después salta dentro también. Blanchet, mientras Jorge observa, examina, con febril exaltación, los papeles, billetes, etc., que traerá en sus bolsillos. Se oye un rumor muy lejano, pero bastante perceptible, que irá creciendo gradualmente hasta el final del acto.

JORGE ¡Huyamos pronto, Mauricio! (Saltando por la ventana.)

BLANCHET ¡Perdidos miserablemente! Pero ¿cómo has sabido tú?...

JORGE En este momento acabo de llegar de Noisy; me dirigí a tu casa, y en la puerta encontré varios grupos, y entre ellos a Rigaud y a Gustavo, que hablaban con un

comisario rodeado de varios gendarmes; pude ocultarme entre la muchedumbre y oí a Perrin, el viejo cochero, que decía a todos: «Sí, sí, Guillermo Blanchet es Mauricio Puisot.»

BLANCHET ¡Oh!...

JORGE «Todo se ha descubierto—decía Perrin.—Dentro de un caballito de cartón que conservaba mi amo se ha encontrado la prueba de su crimen: una carta que Mauricio escribió a Marta Rosier.»

BLANCHET ¡Mi carta!...

JORGE Entonces di vuelta a la casa, entré por la puerta falsa y pude llegar a tiempo de poderte avisar. ¡Pronto... pronto... salgamos de aquí!

BLANCHET ¡Calla! (Escuchando cerca de la ventana.) Parece que cesa el rumor... No encontrándome en mi casa, el comisario no ha de cometer en ella ningún atropello; dejará a algunos gendarmes en la puerta y se retirará con los demás dispersando los grupos; entonces nos será más fácil salir de aquí.

JORGE No te fíes de eso, Mauricio.

BLANCHET Convengo en que es preciso huir, pero no debemos precipitarnos de ese modo; esta misma tarde saldremos para Noisy; nos reuniremos a mi hija y...

JORGE Ese viaje... es completamente inútil.

BLANCHET ¿Qué dices?

JORGE ¡Tu hija!...

BLANCHET ¡Qué... acaba!...

JORGE ¡Tu hija ha muerto!

BLANCHET ¡Muerta!... ¡Muerta!...

JORGE Sí; dos horas después de llegar a Noisy...

BLANCHET ¡Oh!... ¡Muerta!...

JORGE Eso venía precisamente a participarte.

BLANCHET Y ellos, en tanto... ¡Oh, no! ¡Aun mi venganza será horrible!

JORGE ¡Silencio! (Observando desde el foro.) Alguien sube por la escalera... ocultémonos aquí. (Dirigiéndose a la puerta de la izquierda.)

BLANCHET ¡ Sí !... ¡ La vengaré... la vengaré !... (Desaparece por la puerta izquierda.)

ESCENA VI

GUSTAVO, después MARGARITA

GUSTAVO (Dentro, llamándola.) ¡ Margarita !... (Breve pausa. Oyéndose más de cerca.) ¡ Margarita ! (Aparece Margarita en la puerta de la derecha.)

MARGARI. (Con temor.) ¡ Es la voz de Gustavo !... ¡ Dios mío !... (Gustavo entra precipitadamente por la puerta del foro, y se acerca a ella con marcada satisfacción.)

GUSTAVO ¡ Margarita ! ¡ No ! ¡ Nuestro amor no es un crimen ! ¡ Tu madre no es culpable !

MARGARI. ¡ Ah ! (Comprimiendo un grito de alegría.)

GUSTAVO ¡ Sí, sí ! ¡ Tu madre es inocente ! ¡ Se ha encontrado la carta de Mauricio Puisot !... ¡ La prueba de su crimen !

MARGARI. ¡ Ah ! ¡ Ven, ven a decírselo a mi madre ! ¡ Ya ha vuelto en sí, y tus palabras le darán nueva vida !

GUSTAVO ¡ Vamos, sí, Margarita ! (Vanse por la derecha. Momentos antes Blanchet habrá aparecido en la puerta de la izquierda.)

ESCENA VII

BLANCHET y JORGE por la izquierda ; éste se dirige al foro a observar : después MARTA por la derecha

BLANCHET ¡ La fatalidad nos ha traído a la casa de esa joven ! ¡ La ocasión precipitará mi venganza !

JORGE (Observando en la puerta del foro.) ¡ El rumor

crece ! ¡ La huída por aquí sería ya muy expuesta !

BLANCHET En esa habitación (Señalando la de la izquierda.) hay una puerta que da a un corredor ; tal vez comunique con la escalera interior que da a la calle que está detrás de esta casa.

JORGE Veamos. (Vase por la izquierda.)

BLANCHET ¡ Antes de salir de aquí he jurado vengar la muerte de mi hija, y la vengaré ! Los dos están ahí... (Registrándose los bolsillos.) ¡ Oh, no tengo armas !... ¡ No importa... fuerzas me sobran para ahogar a los dos entre mis brazos !... (Se dirige hacia la puerta de la derecha, pero se detiene sorprendido al ver aparecer a Marta en ella. ¡ Oh !... ¡ Marta !...

MARTA (Con varonil entereza.) ¡ Sí !... ¡ Marta, que alza ya altiva la cabeza delante de Mauricio Puisot !... ¡ Marta, que puede ya probar su inocencia, señalando al asesino de Julio Dermont ! (Mauricio intenta arrojarse sobre ella ; ve el cuchillo que está sobre el velador y se precipita hacia él, pero Marta, que comprende su intención, se adelanta rápidamente y se apodera del cuchillo, amenazando con él a Mauricio y haciéndole retroceder. Crece el rumor en la calle.)

BLANCHET ¡ Ah ! (Viendo que no ha logrado su intento se dirige hacia la puerta de la derecha.)

MARTA (Defendiendo con su cuerpo la puerta, al notar que Mauricio trata de dirigirse hacia allí.) ¡ Atrás !... ¡ Si das un solo paso caes a mis pies !... ¡ Tú no sabes de lo que es capaz Marta Rosier para defender su honra y la vida de su hija !

JORGE (Saliendo por la puerta izquierda.) ¡ No hay salida por aquí !... ¡ Oh !... ¡ Marta !...

BLANCHET ¡ Un arma !... ¡ Un arma !...

JORGE ¡ Toma... y huyamos !... (Dándole un puñal.)

BLANCHET (Blandiendo el puñal y dirigiéndose hacia ella.) ¡ Ah !... ¡ Tú también serás víctima de mi furor !...

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, GUSTAVO y detrás MARGARITA y TOMÁS por la derecha; después RIGAUD, PERRIN, el COMISARIO, GENDARMES, OBREROS, VECINOS, etc., etc., por el foro.

GUSTAVO (Apareciendo en la puerta derecha con un revólver.) ¡ Miserable asesino !... ¡ Dame cuenta de la vida de mi padre !... (Mauricio retrocede aterrado, lo mismo que Jorge, al ver en la puerta del foro a Rigaud, Perrin, Comisario, gendarmes, pueblo, etc.)

BLANCHET (¡ Oh ! ¡ Estamos perdidos !...)

RIGAUD ¡ Ese es Mauricio Puisot ! (Con solemne expresión.)

MARTA Y ese su cómplice, Jorge Mornás, el que intentó asesinar a Gustavo en el puente de Joinville.

COMISARIO Apoderaos de esos hombres.

PERRIN (Amenazándoles con la fusta.) ¡ A... a... atadlos como a dos perros !... (Cuatro gendarmes se apoderan de Mauricio y Jorge; otros dos detienen en la puerta del foro al pueblo, que trata de entrar, amenazando a los presos. El Comisario y los gendarmes se abren difícilmente paso para llevárselos. Tomás y Perrin, mezclados entre el pueblo, presentan en el fondo un cuadro animado.)

GUSTAVO ¡ Mi noble protector ! (Abrazando a Rigaud.)

RIGAUD ¡ Hijo mío !

MARGARI. ¡ Madre mía !...

MARTA ¡ Margarita !... ¡ Gustavo !... ¡ Hijos de mi corazón ! (Abrazándose a ellos.)

RIGAUD ¡ Bendita sea la justicia divina !... (Forman un grupo en medio de la escena, que contrasta con el que tiene lugar en el fondo, al llevarse a Mauricio y Jorge, amenazados por el pueblo. Cuadro general.)

TELÓN

FIN DE LA OBRA

Precio: DOS pesetas